



ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN VI
LEER SANA

2021



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

17ª Libroferia Encarnación

ANTOLOGÍA
JÓVENES QUE CUENTAN VI
LEER SANA

Encarnación, Paraguay
Septiembre de 2021

Créditos Editoriales

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



EDITORIAL DIVESPER

Kreusser e/ Honorio González e Independencia
Nacional — Encarnación, Paraguay

Teléfono: 595 71 205454

email: editorial@unae.edu.py

www.unae.edu.py

Nadia Czeraniuk, Presidenta de la Comisión Organizadora de la
Librería Encarnación — Dirección Editorial

Verena Schaefer, Julia Stark, Diana Rodríguez y Graciela Lezcano
Comité de evaluación y corrección.

Tania Schaefer y **Henry Chávez** Corrección y revisión del estilo.

Milia Gayoso, Javier Viveros y Feliciano Acosta, Jurado a cargo de la
selección de los tres primeros lugares

Francisco Cantoni, Gestión de Publicaciones, diseño y diagramación.

© EDITORIAL DIVESPER

95 Páginas

Encarnación, septiembre 2021

INDICE

PRESENTACIÓN

Nadia Czeraniuk de Schaefer 7

EL CONCURSO 9

1— EL DESCANSO DEL ALMA

Olga Beatriz Acevedo Funes 15

2— COMO PIENSA LA NIÑA

Jennifer Karina Bugs Siegel 20

3— EL REENCUENTRO

Jessica Raquel González Verdun 23

4— ANA

Liz Mabel Monges Ramírez 28

5— BÁLSAMO DE ALEGRÍA

Lucas Cantero Barrios 30

6— CLON

Mercedes Verónica Gowdak Mancini 34

7— COPO DE NIEVE

Luz Naomi Delgado Florentin 39

8— COSECHAS LO QUE SIEMBRAS

Jazmin Monserrat Florentin Prieto 41

9— DE MI PUEBLITO A LA UNIVERSIDAD

Camila Nair Lugo Algarin 43

10— EL BARCO BOTELLA <i>Rena Elizabeth Fritos González</i>	46
11— EL REGALO DE ISABEL <i>Ana Paula Encina Ariste</i>	52
12— IKAL <i>Camila Belén Chávez Enriquez</i>	55
13— JOVEN POR SIEMPRE <i>María Elena Rivarola Pintos</i>	59
14— LA GEMA ARGÁN <i>Eliana Maria Ojeda Ortiz</i>	63
15— LEJOS DE HAIFA <i>Marcos Hernán Castellano Martínez</i>	68
16— LUCÍA Y LOS DESTELLOS DEL ALMA <i>Verónica Inés Giménez Fernández</i>	72
17— PRETO <i>Mathias Ezequiel Paredes Studenko</i>	78
18— SI SOBRARA CORDURA <i>Daysi Patricia Leiva Portillo</i>	84
19— TODO POR AMOR <i>Cecilia Marisol Lopez Gamarra</i>	87
20— UN LUGAR LLAMADO AUSCHWITZ <i>Karen Casco Benitez</i>	90

PRESENTACIÓN

NADIA CZERANIUK DE SCHAEFER¹

La Librería Encarnación es un proyecto de extensión universitaria, enmarcado en la Responsabilidad Social que tiene por objetivo principal promover el libro, la lectura y a los escritores. Busca ampliar los espacios de acceso a la cultura como derecho humano universal.

El Concurso de Cuentos Cortos “Jóvenes que cuentan”, es una actividad enmarcada en este proyecto. Inicia el 23 de abril de cada año, Día Internacional del Libro y los Derechos del autor, con el lanzamiento de la Librería y tienen su cierre durante la Librería.

En la presente edición 2021, adoptamos como lema “Leer Sana”. Sana la ignorancia, el miedo, la soledad. Sana el corazón... y rendimos homenaje a la querida escritora y

¹ *Doctora en Educación. Magíster en Docencia y Gestión Educativa. Licenciada en Pedagogía con Énfasis en Educación Idiomatica. Rectora del Complejo Educativo UNAE.*

propulsora de la Libroferia Encarnación, Nila López, fallecida el 19 de abril (2021).

Creemos también que “escribir sana”, aunque las palabras expresen dolor, ira o impotencia, como en muchos relatos. Expresarnos sana, sacar de adentro lo que nos pasa, sana...

Es tiempo de sanar, leyendo, escribiendo y renovando nuestra esperanza. ¡Espero que disfruten de la lectura de los cuentos y juntos sanemos!

Nadia Czeraniuk
Rectora
Universidad Autónoma de Encarnación



EL CONCURSO

Basados en el éxito de sus primeras ediciones, la organización de la Librería Encarnación y la Universidad Autónoma de Encarnación (UNAE), organizaron en el 2021 el concurso de cuentos: “Jóvenes que cuentan VI, Leer Sana”. El objetivo del concurso ha sido la búsqueda de la promoción, entre los jóvenes, de la escritura de textos literarios creativos que conlleven un proceso de reflexión sobre valores, intereses y opiniones que ellos quieran manifestar. Estuvo dirigido a jóvenes comprendidos entre los 15 y 26 años.

Los premios fueron:

- Publicación en un libro: Antología “Jóvenes que cuentan”, de los 20 mejores cuentos seleccionados, presentado en el marco de la 17ª Librería Encarnación.
- Equipos electrónicos para los 3 primeros lugares.

Certificados respectivos.

SOBRE LOS TRABAJOS Y PARTICIPANTES

1. El tipo de cuento aceptado corresponde a la categoría de Cuentos Breves.

Temática y Extensión: El tema y la modalidad serán libres.

La extensión puede ser desde 1 a 5 páginas escritas en A4 con interlineado de 1,5 y tipo y tamaño de letra Arial 12.

2. Cada postulante podrá presentar un sólo cuento de tema libre, original e inédito (que no haya sido publicado en medios impresos o virtuales, salvo si fueran sitios de acceso restringido), que no haya sido presentado en otro concurso, o tenga cedidos o prometidos los derechos de edición y/o reproducción.

3. Los textos no podrán exceder los 7.500 caracteres con espacios.

4. No se aceptarán obras colectivas.

5. Podrán concursar escritores emergentes, de 15 a 26 años, con nacionalidad paraguaya. Es emergente quien no posea publicaciones reconocidas, aunque haya publicado ocasionalmente obras literarias. Para realizar la inscripción, se deberá rellenar un formulario web.

SOBRE EL JURADO Y EL COMITÉ DE LECTURA

6. El Comité de lectura estará compuesto por aproximadamente 5 miembros relacionados con el mundo de la literatura y las artes. Será el encargado de la selección de hasta 20 trabajos finalistas, para ser evaluados por el Jurado. Los cuentos finalistas corresponden a los cuentos que formarán parte de una Antología a ser publicada en el contexto de la 17^a Libroferia Encarnación.

7. El Jurado estará compuesto por 3 (tres) prestigiosos escritores nacionales, quienes serán los encargados de definir a los premiados en primer, segundo y tercer lugar. Su fallo será

inapelable, haciéndose público en el acto de Entrega de Premios y Encuentro Cultural que se realizará en el marco de las actividades de la 17ª Libroferia Encarnación. Este jurado está compuesto por los escritores: Milia Gayoso Manzur, Feliciano Acosta y Javier Viveros.

PRESENTACIÓN DE LAS OBRAS Y PLAZOS

8. El plazo de presentación será desde la publicación de estas bases hasta el día 20 de agosto de 2021

9. Las obras se presentarán sin identificación de la persona autora haciendo constar el título de la misma. El envío se realizará mediante el formulario web previsto para el evento dentro de la web de la UNAE (www.unae.edu.py).

10. El formulario de inscripción también estará publicado en la FanPage de la Libroferia Encarnación.

DICTÁMENES, DERECHOS Y PREMIOS

11. Dictamen: Se darán a conocer los cuentos que formarán parte de la Antología y los 3 primeros lugares en la semana de la 17ª Libroferia Encarnación (1 al 6 de septiembre de 2021)

12. Cesión de Derechos: Los autores premiados, ceden los derechos de publicación de sus obras a la organización del Concurso, para su publicación en una Antología.

13. Cualquier punto que no estuviere estipulado en estas bases, será dirimido por la organización y los miembros del jurado



ANTOLOGÍA
JÓVENES
QUE CUENTAN VI
LEER SANA

2021



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN

1

EL DESCANSO DEL ALMA

Olga Beatriz Acevedo Funes

Los rayos del sol resplandecían en los cristales de la ventana, el tráfico incesante de las mañanas nos regalaba un musical de cláxones y la fascinante brisa de otoño invadía la ciudad de San Lorenzo.

Extrañaba sentir el mundo: la brisa en mi pelo, las mañanas desabrigadas en las que solo quería sentir el frío en mis palmas, el sol quemando ligeramente cada fibra de mi piel.

Hoy, debido a la alopecia, no había pelo que la brisa pudiera mover, no había mañanas arriesgadas a una posible complicación por neumonía y mi piel estaba tan pálida que la falta de vitamina K era evidente, incluso en las grandes bolsas negras que colgaban bajo mis ojos.

—¿Tiempo en ayunas? —preguntó Silvia, mi enfermera.

— Ocho horas.

Era inevitable separar mis ojos de aquella ventana. Silvia sabía lo mucho que disfrutaba estar en esa habitación, era la única con una ventana tan amplia. Podía ver el mundo desde allí; aunque entre observarlo y vivirlo hubiese un gran abismo de penurias.

—¿Recuerdas tu peso en esta semana?

Finalmente volteé a verla. Tenía el expediente en sus manos y utilizaba todo el equipo de protección necesario para entrar a la sala esterilizada. No obstante, podía distinguir las ojeras en su rostro, sabía de las canas que ocultaba aquel gorro y de las arrugas protegidas por los guantes de látex. Me había cuidado desde los siete años, pero sabía leerla mejor de lo que ella podía hacerlo conmigo.

—Treinta y cinco kilogramos —respondí. Tosí un poco por el dolor en la garganta y reposé mis brazos en la silla de ruedas.

Observé el cuadernillo que tenía sobre mis piernas, era un cuadernillo de pintura con mandalas. Estaba abierta en mi obra favorita, coloreada con múltiples tonos vivos. Era imposible no sonreír al verlo.

Un picaflor.

Cuando cursaba el tercer grado para pacientes oncológicos en el hospital, una niña iba a visitarnos. Ella tenía un linfoma muy agresivo y había empezado a hacer metástasis.

—¿Conoces la historia del picaflor? —me había preguntado. Al quedarme en silencio observando sus grandes ojos verdes ella solo continuó —Dice la leyenda que morir no es algo malo, que las almas descansan en flores preciosas cuando finalmente se desprenden de sus cuerpos.

Recuerdo haberme asustado ante la mención de la muerte. Ella estaba muriendo, ya había dejado la quimioterapia, le habían dado solo unas cuantas semanas más de vida, sin embargo, al verla a los ojos no lograba encontrar una sola sombra de miedo o arrepentimiento.

—Es el picaflor quien recoge esas almas —seguía hablando — Las recoge con besos, con delicadeza y añoranza. Saben por lo que hemos pasado, el dolor con el que hemos cargado. No temas por mí, Helen —añadió — Yo estaré descansando en flores preciosas.

Ese día conocí la paz a través de unos grandes ojos exóticos, ojos que, desde aquel día, no volví a ver.

—¡La próxima semana cumples trece! —oí decir a Silvia —
Recuerda tu promesa de ir por un helado conmigo.

No podía evitar sonreír ante su entusiasmo. Ella sabía perfectamente que, en el mejor de los casos, no tendría permitido un helado, pero no quería arruinar el momento con comentarios pesimistas.

Mis ojos fueron cautivados un momento por el azul más intenso que había visto, lo había utilizado en unos trazos para las delicadas plumas del vistoso picaflor.

Aquel azul no tardó en trasportarme en un mar de recuerdos que intentaron ahogarme sin darme tiempo siquiera de tomar aire.

—Tienes que ser fuerte, por favor —oía la voz temblorosa de mamá a punto de quebrarse —Ya estamos aquí. No voy a dejarte sola, mi niña. Lo prometo.

Las puertas de la ambulancia se habían abierto bruscamente una vez estacionados frente a la entrada de urgencias del Hospital Pediátrico Niños de Acosta Ñu.

—Niña de siete años —hablaba el paramédico mientras rápidamente me transportaban junto con la camilla —Presenta epistaxis. Realizamos taponamiento sin contención. Necesita cauterización de inmediato.

Recuerdo haber sido obligada a soltar la mano de mamá. Tenía el vestido azul Francia que tanto amaba debido a los pequeños dibujos de gatitos en la falda. Aquel vestido totalmente cubierto de mi sangre carmesí.

Había sostenido una pequeña sábana blanca con tanta fuerza que me dolían los dedos, mis nudillos estaban totalmente pálidos debido a la presión.

Fuimos al departamento Central para visitar a mi abuela en su cumpleaños, pero la sorpresa que le di fue una terrible hemorragia nasal que no cesaba por nada.

Recuerdo el breve tiempo transcurrido antes de perderme totalmente en la oscuridad de la inconsciencia. Lo último que había

logrado escuchar era la voz de una joven doctora gritando ¡Shock hipovolémico!

Leucemia linfoblástica aguda. Ese fue el diagnóstico al cual llegaron los médicos tiempo después.

Quimioterapia. Punción. Trasplante. Quimioterapia. Punción. Trasplante.

Esa secuencia interminable empezó a convertirse en la vida que yo vivía, en el mundo en el cual habitaba. No había más.

Recuerdo pasar cada cumpleaños con un gotero a mi lado, contando cada gota que caía, tan lentas como pasaban mis días en aquel hospital.

Mamá y yo habíamos empezado a habitar un albergue que brindaban a pacientes oncológicos, no podíamos seguir un tratamiento ambulatorio desde mi ciudad natal: Encarnación. Solo era una pequeña habitación, pero teníamos una cama para ambas y ella solía cantarme cada noche.

Arroró mi niña,

Arroró mi sol,

Duérmete, pedazo de mi corazón.

—Tu mamá nos alcanzará antes de entrar —intentó consolarme Silvia.

Mi rostro debía mostrar una gran nostalgia para que ella se diese cuenta de mis pensamientos.

Había vivido momentos maravillosos en mi vida y no me arrepentía de haber luchado tanto, pero, incluso hoy, me preguntaba cómo hubiese sido mi vida sin esta enfermedad tan demandante.

El gran consuelo que tenía era el fuerte apretón de las manos de mamá y su sonrisa resplandeciente al verme pintar. Podía esperar en paz la llegada del picaflor si ese fuese el caso, y estaba segura de que, aunque el dolor de mamá sería insoportable, ella lograría entender que el sufrimiento habría acabado.

A pesar de la vida que viví, tuve momentos que, aunque tuviese que migrar a otro mundo, no podría olvidar jamás.

No olvidaría nunca el olor de la lluvia, la sensación sanadora de la arena entre mis dedos en la playa de Encarnación. Jamás olvidaría el naranja intenso del atardecer ni la melodía que creaban las carcajadas de mamá. Las cosquillas, los besos y aquellos abrazos que reconstruían cualquier corazón. Su mano sosteniendo la mía con fuerza, su coraje al dejar toda su vida atrás para seguirme hasta hoy.

Me apresuré en secar las lágrimas que empezaban a recorrer mis mejillas.

—El quirófano ya está listo para ti, Helen.

Miré a Silvia con un enorme agradecimiento, bajé el cuadernillo de mandalas al suelo y suspiré antes de hablar.

—Estoy lista.

El corazón ya no me latía tan apresuradamente, sentía como mis piernas empezaban a relajarse y por primera vez en mucho tiempo sentía cómo una paz cegadora comenzaba a apoderarse de cada célula de mi cuerpo.

Antes de abandonar completamente la habitación que habité un montón de veces, no pude evitar voltear hacia la amplia ventana que me dejó observar la vida en innumerables ocasiones.

Y fue entonces que lo vi.

Sus delicadas alas revoloteaban con rapidez, mientras su frágil pico golpeaba la ventana con una tierna suavidad.

Dejé un último susurro en el viento antes de cerrar los ojos y mantenerlos así hasta el final.

Espérame en las flores. Ya no tardaré en llegar.

2

COMO PIENSA LA NIÑA

Jennifer Karina Bugs Siegel

Me dicen todos que mi tía Rita ya no está, que se fue a un lugar mejor. Y yo les digo que voy a irme también a encontrar un lugar mejor donde estar; que voy a sentarme en la silla cerquita de la ventana, porque tanta gente en una misma pieza me deja casi sin aire que respirar.

Por suerte los grandes hacen casas con ventanas. Por esto, y porque imagínate que de otra forma no le hubiera visto a la paloma rabilarga, de la que tanto hablan los primos últimamente, mirarme desde la rama del limonero.

Mi tía abuela Rita siempre me prepara jugo de limón cuando venimos a visitarle con mamá y papá. El suyo es el más rico, porque me deja ponerle las cucharas de azúcar que yo quiera. Pero si mamá llega a saber de eso, me va a dejar sin postre una semana entera. Así que ninguna palabra más sobre el tema.

Aunque ahora me entraron ganas de una limonada. Ojalá la tía Rita estuviera acá para prepararme un vaso, con mucho hielo. “Demasiado calor hace mal al corazón”, escuché que le dijo el tío hoy a papá cuando llegamos; “demasiados no aguantan, demasiados ceden, y a demasiados les vence”. “Que 45 grados, que no, que se sienten como 50”, así comienza cada conversación

entre la gente grande esta semana.

Se escondió detrás de un racimo de limones esta Pali –sí, ya le puse nombre a mi paloma-, seguro porque el sol le estaba dando directo a la cara. Suficiente de forzar la vista, por mi parte también. Le doy la espalda a la ventana, pero entonces todo se me pone negro por unos segundos. La profe en la escuela me había contado una vez que, por la diferencia de luz, en el ojo pasa algo con los conos y bastones, y con algo que termina con sina: limusina, golosina, lodosina... ¡Esa ni siquiera es una palabra! La verdad no le entendí muy bien a la profe. Pero sabés, hay una cosa aparte de esa que no me está cerrando: que si la tía Rita no está acá, entonces por qué mamá se pone tan cerca de esa caja de madera, casi casi rozándole la cara a esa señora que está acostada ahí dentro, agarrándole fuerte de la mano y diciéndole “mi Rita, mi pobre y querida Rita”.

Ahora a mamá papá le pone la mano sobre el hombro y de a poquito le aleja del cajón para hacerle sentar en la mecedora. Nadie se habla. Nadie me habla. Solo el vaivén de la silla de mimbre se escucha: adelante y atrás, adelante y atrás. A mamá no le salen lágrimas, ni tampoco hace ruido, pero llora hacia adentro. Eso sé porque una vez ella me explicó que cada persona llora diferente. Que a algunos se les nota y a otros no. Que algunos lloran hacia afuera y otros hacia adentro; en mojado o en seco, con sonido o en silencio.

Pero lo que no sé es por qué mamá está llorando ahora. Yo la última vez que lloré fue cuando papá me estiró de la boca con un hilo ese diente de leche flojo a medio salir. Seguro a la señora que está dentro de la caja también le estiraron un diente y mamá se puso a llorar por ella para evitarle más dolor. Porque llorar cuando te duele algo a veces hace que te duela el doble.

Les pregunto a mis primos qué le pasa a la señora, que si le sacaron un diente, y entre miradas y silencios me contestan que la tía Rita está durmiendo, un largo sueño. Entonces esa señora sí es la tía Rita, que no se había ido a ningún lado ni le habían estirado el diente. La tía solo está durmiendo. ¿Pero por qué mamá sigue

llorando y esta vez hacia afuera?

Alguien más acompaña su llanto, el sonido viene del patio: es Pali. Después los tíos, después los primos. Yo no entiendo por qué todos lloran. Y entonces yo también lo hago, porque a veces llorar con los otros hace que sus llantos les duelan menos.

3

EL REENCUENTRO

Jessica Raquel González Verdun

La monotonía de caminar por los interminables pasillos de blancas paredes me resultaba cada vez más estresante y fastidioso. Odiaba llevar puesta aquella bata blanca, pero amaba las veces que veía un atisbo de esperanza de vida en los pacientes. Odiaba esa parte de la medicina que una vez había sido incapaz de salvar a mis padres, pero aquello me recordaba la fragilidad humana y lo poco que a veces podía hacerse al respecto.

Ser médico en ocasiones realmente me frustraba. Pero las únicas personas que tenía a mi lado, con quienes crecí y se convirtieron en mis hermanos dedicaron su vida a ello, y en aquél entonces temía que alejarnos me haría perderlos.

Por no haber tenido recursos para criarme; al estar sola, mi madre me dio en adopción. Pero no sabía que las personas que me acogieron, a quienes aprendí a llamar mis padres, durarían tan poco tiempo conmigo. Cuando cumplí cinco años de edad, ambos murieron en un accidente automovilístico. Recuerdo poco, pero esas imágenes seguían vagando en mi memoria, negándose a abandonarme. Estábamos envueltos en llamas. Una mujer cubierta de sangre, atrapada entre el peso del hierro y los

cristales empañados por el humo, incapaz de volver a moverse, gritaba que me sacaran de ahí, hasta que su voz se apagó.

Las personas alrededor perdían desesperadamente por ayuda, todas aquellas voces y el rugido de las llamas se mezclaban en mi cabeza, luego no pude oír más. Me ahogaba... lo último que creí sentir fue una fuerza tirando de mí. Abrí un poco los ojos y a través del brillo del fuego reconocí el reloj de mi padre. Me sacó de entre aquel amasijo de hierro ardiendo. Escuché su voz que me pareció lejana, quebrada, llamando mi nombre. Después todo se oscureció...

Desperté en una habitación que no era la mía. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas puestas, pero aun así la luz del día se filtraba a través del cristal.

Quise moverme, pero estaba atrapado entre unos aparatos espectrales. Observé a mi alrededor: Paredes blancas. Dos armas vacías. A unos metros, una figura también de blanco, de espaldas a mí.

— ¿Mamá?

La mujer se volvió sobresaltada. Pero no era mi madre, estaba en un hospital.

Salí de allí después de mucho y las quemaduras en mi cuerpo tardaron en cicatrizar.

Me llevaron a vivir con otros niños a un lugar desconocido. Nunca volví a ver a mis padres.

Cuando cumplí la mayoría de edad volví a casa por última vez, lo que quedaba de ella sugería la fachada de un castillo en ruinas. En torno a él se extendían los restos de un viejo jardín abandonado. Suspiré con honda melancolía.

Lo que una vez había sido un hogar lleno de luz y felicidad, un jardín vestido de colores y fragancias, ahora estaba reemplazado por una vegetación sombría, envuelta en soledad.

Caminé con los pies pesados hacia el interior. Recorrí cada rincón de aquel laberinto que el tiempo, pensé, había convertido en un lugar siniestro.

Cuando salí de allí lo único que llevé conmigo fue una cadena que mi madre me había regalado al cumplir cinco años. La había encargado en una joyería unos meses antes. De ella pendía un pequeño dije con mi nombre. Jamás llegué a pensar que ese sería mi último cumpleaños al lado de mis padres.

La semana siguiente dejé la ciudad en compañía de mis dos amigos, Win y Arthit. Habían pasado siete años y aquella medalla seguía en mi garganta, tibia, palpitante, aquellos recuerdos seguían clavados en mi mente, condenados a atormentarme para siempre.

— ¿Dean?— una voz me rescató de mis pensamientos.

Me volví y avisté a mi amigo y compañero de trabajo, Arthit.

—Un paciente de la sala 103 acaba de despertar, requiere su presencia—me informó. El único tipo de pacientes a los que nunca pude atender, eran los quemados. Pero trataba de superar mi trauma y no existía otra manera...

Lo acompañé allí. La mujer de la cual trataba ya no parecía ser joven, pero hubiera estado en mejores condiciones si no fuera por algún desafortunado incidente que le segó ambas piernas o por las quemaduras que habían ajado su cuerpo. Era una más de los tantos que acudían al amparo de las máquinas tratando de sobrevivir a lo que muchas veces llegaba a ser inevitable.

Había visto a cientos como ella y su frágil existencia, su dolor, era como una mota de polvo en un mundo que ignoraba su sufrimiento.

Pregunté a Arthit sobre su estado. Él la observó un momento y luego negó con la cabeza.

—No queda mucho tiempo—dijo—, pero ningún familiar ha

estado aquí con ella o ha venido a recogerla.

Asentí.

—Tal vez de eso se trate—inferí, convencido de que aquello no sería lo mío ni a fuerza de tiempo.

Él adivinándolo, sólo sonrió un poco, casi cansado. Me palmeó el hombro y luego salió de la habitación.

Me acerqué a ella en silencio y me senté a un lado. Aunque su desfigurada facción no era más que carne muerta podía leerse en ella una palidez casi fantasmal.

La mujer tampoco habló. Sostuvo mi mirada por un instante interminable. Luego con la delicadeza que su poca fuerza le permitía se incorporó y me abrazó. Por un momento me pareció extraño, pero luego recordé que Arthit había dicho que tal vez no tenía familiares, le devolví el abrazo y sentí que temblaba ligeramente.

Miró mi pecho y vio el dije de la vieja cadenita que llevaba conmigo.

Con voz temblorosa, preguntó: ¿Dean?

De pronto la vi... Detrás de su figura deforme aún podía divisar su incomparable belleza... La miré un instante y quedé paralizado... quise reír, gritar, llorar, pero sólo me oí decir... ¿Mamá? La tomé entre mis brazos y sentí llenarse todo el vacío que llevaba en mí por años. La sentí relajarse entre mis brazos... Era el momento del reencuentro y el adiós.

4

ANA

Liz Mabel Monges Ramírez

Un invierno distinto se apoderaba de la ciudad. Tantas personas que transitaban aun así con lo abrumante que estaba el día. No sé si lo veía de esa forma por lo vacía que me sentía o porque realmente la vida se sentía de esa forma.

Caminaba y caminaba sin rumbo con lágrimas en los ojos. Había recordado la muerte de mi hermano, se sentía tan reciente. Ni siquiera el tiempo pudo anestesiar el dolor que cargaba todos estos años. La vida dejó de tener sentido para mí.

No puedo llegar a clases en este estado. -Pensé- mientras ingresaba a mi lugar favorito. Era un pequeño parque que se encontraba al costado de la universidad. Ahí fue que la vi por primera vez, con aquella sonrisa tan reluciente que sin importar cuán oscura sea tu día con solo verla te devolvía el color, el calor y el sabor de la vida. Ella llevaba el cabello suelto, debajo de sus gafas reflejaban sus ojos color café, labios gruesos con pequeños pocitos en ambas mejillas. Era la niña más preciosa que nunca conocí.

Se encontraba a gusto con dos acompañantes más, supongo que son sus amigos. No sé cuánto tiempo pasó desde que llegué al lugar que sin darme cuenta ella ya tenía su mirada en mí, de pronto

el tiempo se quedó inerte. Unos segundos de mirarnos simulaba una eternidad.

Me acomodé lo más rápido posible al otro lado de la vereda de donde ellos estaban sentados. No quería aparentar una chica rara, por más que lo fuera.

Saqué mi móvil de la cartera y simulé jugar con él. Era evidente que no podía evitar pensar en ella. Nunca me había sentido así y menos por una chica. Su sonrisa se quedó grabada en mi mente. Ni siquiera una persona con Alzheimer podría no recordarla.

No pasó mucho tiempo cuando sentí su presencia frente a mí.

—Hola, ¿puedo acompañarte? – Su voz era tan agradable, que si no recordara el lugar en la cual me encontraba pensaría que estaba en el paraíso.

—Hola, le dije. – Apenas se oía audible mi saludo. Me sentía tan nerviosa.

Después de una larga charla, de conocer un poquito una de la otra, sentí que había mucha química entre nosotras. El parque, la cual era mi refugio favorito pasó a ser nula enfrente de Ana. Ana resulta ser mi refugio favorito en estos momentos, apenas la conocía y ya se estaba ganando toda mi atención.

Perdimos la noción del tiempo. El sol ya se estaba ocultando. Preciosos colores naranjas, rojas y amarillas pincelaban el cielo. El día que creía ordinario pasaba a ser una tarde agradable y especial. Una vida vacía estaba siendo arropada en una compañía extraña que a pesar de ello estaba creando una sensación de sosiego.

—Puedo llevarte a tu casa, tengo mi auto en el estacionamiento de la facultad. – Pronunció Ana.

Yo, que me sentía atónita aún por la forma en la que surgió todo, solo pude asentir.

Por el camino solo escuchamos canciones de Coldplay, era su banda favorita. Ninguna de las dos pudimos pronunciar una palabra alguna, más todavía el ambiente era deleitoso.

—En ese camino a la izquierda, por favor. — Dije, rompiendo el silencio que adornaba la noche.

Ella solo respondió con una tierna y cálida sonrisa.

Al llegar en frente de mi casa, me acerque a ella para despedirme. Pero sin más ella rozó sus labios con las mías. Nos miramos unos segundos y sonreímos. Nos volvimos a besar. Besarla se sentía como estar en primavera o como estar sumergida en un profundo sueño de la cual nunca quisieras despertar. Esa noche, la luna fue testigo del amor que emanaba entre nosotras.

—Siempre quise hablarte, solo que nunca me animaba hasta el día de hoy, el sentir tu mirada me dio la valentía y la fortaleza para hacerlo. — Confesó Ana.

Yo, en cambio, solo pude abrazarla. Me he quedado estupefacta por las palabras de Ana.

Aferrarse a las penumbras del pasado tiene una gran desventaja. El quedarse en una burbuja sin intentar ver más allá de lo que ocurre en el exterior, nos lleva por caminos de la angustia, la desesperación y la tristeza.

La vida, por más cruel que sea, también da buenos momentos. A pesar de tener la sensación de ser absorbida por pasados tormentosos, siempre existirán personas que cambian el curso de la vida... de tu vida.

5

BÁLSAMO DE ALEGRÍA

Lucas Cantero Barrios

Todo comenzó una húmeda mañana de Julio en Chacarita, Asunción, uno de los barrios más pobres de Paraguay, donde vivía Manuel, quien andaba en busca de un empleo digno. Llevó su currículum a varios lugares, pero sus intentos eran baldíos. Manuel había terminado sus estudios en un colegio público, después de repetir el año en varias ocasiones. Vivía con su Madre y cuatro hermanos menores de edad. Su mamá traía el pan a su mesa, ella vendía remedios refrescantes y Manuel no quería dejarle toda la responsabilidad, también deseaba aportar algo.

El joven luego de varios intentos de conseguir empleo, fue a preguntar a un viejo amigo, quien suele tener artículos electrónicos muy bellos y costosos por un breve periodo de tiempo, se trata de Kevin. El muchacho tenía la misma edad que Manuel, este trabajaba en los buses, a veces como limpiavidrios y otras como vendedor ambulante. Hablaron de la posibilidad de acompañarlo para trabajar, Kevin accedió a llevarlo ya que no era un trabajo formal y podía comenzar cualquier día.

Manuel ya llevaba una semana vendiendo chocolates de contrabando, no alcanzaba el sueldo mínimo legal, pero ya ayudaba a su familia, quienes eran todo para él. El deseo del joven

era que ellos llegasen a trabajar en un lugar digno, para cuidar de su madre, por eso él se empeñaba en vender todo lo posible en el día, se quedaba horas y horas en la calle, incluso bajo chubascos que eran bastante prolongados, como también días calurosos, los cuales alcanzan 31 grados en pleno invierno. El clima en Paraguay era bastante inestable, pero Manuel no se dejaba doblegar, quería salir adelante.

Después de una semana de trabajo se acercó Kevin, quien le dijo a Manuel que le guardase un celular por unas horas y que la buscaría en la tarde. Pasó así, el joven buscó el aparato, pero el muchacho al retirar el smartphone le dijo que le debía un favor y quería cobrar por su acción, Manuel estaba muy agradecido y no tendría problemas para ayudarlo. Contó que quería verlo por la noche, irían a recoger algunos objetos para su venta, se verían en una plaza del barrio.

Como a las nueve de la noche se acercó Kevin sobre una motocicleta a una plaza, donde Manuel lo esperaba. Bajó de la moto y conversaron sobre el trabajo y las estupideces que decían los otros vendedores. Kevin sacó de su bolsillo cocaína y la inhaló, sus ojos cambiaron de tamaño y decidió salir. Pidió a Manuel que conduzca el bicicleta, a Manuel le parecía extraño, pero le encantaba manejar motocicletas.

Mientras deambulaban en las inmediaciones de la Chacarita Kevin ordenó detener la marcha, Manuel sin entender paró el bicicleta y esperó directivas. Kevin por su parte saltó de la moto, corrió hacia la vereda y atropelló a una mujer, quien caminaba sola por el desolado lugar, redujo a la mujer con un revólver calibre 38 y le ordenó que entregara todas sus pertenencias. La mujer frunció las cejas y quedó turulata, Kevin le arrancó la cadena, vació sus bolsillos y le estiró la cartera, le dio un golpe en la cabeza con la culata del arma y volvió al bicicleta, exigió a Manuel para que ponga en movimiento la moto. Manuel estaba impactado, tardó en reaccionar, pero pudieron desaparecer del lugar.

Después de que el asalto hubo sido exitoso llegaron al mercado 4, donde Kevin pudo ubicar las cosas hurtadas, mientras que Manuel

lo esperaba junto a la motocicleta. Kevin volvió con una buena cantidad de dinero y le entregó una parte a Manuel, quien estaba sorprendido. Manuel le preguntó si no tiene reparos al hacer esto, y Kevin solo sonrió y volvieron a sus casas.

La mañana siguiente Manuel se despertó con una pesadilla, no lograba dormir con tranquilidad, era culpa de su acción deshonrosa. Lo conseguido era casi un jornal, pensaba si esto funcionaría, meterse en el mundo de la delincuencia para traer el pan de cada día dedicando poco tiempo a la causa.

La cabeza le daba vueltas, no sabía qué hacer, la pocilga en donde vivía era húmeda, las terciadas y parte de la estructura de ladrillo eran viejas, las bolsas de polietileno zumbaban y parecía adrede, pero entre tanta desgracias salió una flor, un bálsamo de alegría, era su pequeña hermana, quien estaba a punto de ir a la escuela. La niña tomó la mano de Manuel y le entregó un dibujo en donde se veía retratado al joven, junto a un colectivo. Ella lo admiraba por su esfuerzo y dedicación, lo veía como un padre para todos.

Manuel fue con lágrimas en los ojos al trabajo, llevaba el dinero del asalto en el bolsillo trasero del pantalón, mientras vendía refrescos en los buces miraba a todos lados, quería hablar con Kevin.

Al Atardecer mientras el frío congestionó a Manuel apareció Kevin y lo saludó con algarabía, pero no fue recibido de la misma manera. El joven sacó del bolsillo la cifra correspondiente, para Kevin fue como un insulto, le vociferó frente a la muchedumbre, le exigió una cantidad errónea, solo por querer crear tumulto, Manuel le replicó que no le daría nada más y tendría que conformarse, pero eso no le gustó a Kevin, quien lo amenazó de muerte.

Ya eran las ocho y media de la noche, Manuel, luego de una ardua jornada laboral se dirigía a su casa, feliz por hacer lo correcto, pero preocupado por la amenaza, miraba temerosamente el pasar de los bicicletas, pensando en que el malandro lo esperaba.

Una cuadra antes de llegar a su hogar, una moto le bloqueó el camino, era Kevin, quien descendió para ultimarle, forcejearon, pero Manuel no pudo evitar que lo apuñale en el abdomen, muy

enojado subió a la motocicleta y desapareció de la escena, pero para fortuna de Manuel, los vecinos lo vieron tendido en el piso y llamaron a la Policía.

Una semana después, Manuel estaba saliendo de alta, con poca movilidad aún, llegó al barrio, los vecinos se acercaron y le comentaron que Kevin, el joven quien lo agredió fue detenido por los policías motorizados, luego de perpetrar un asalto, Manuel se sintió mal por él, pero feliz de tomar la decisión correcta, trabajar honradamente para que puedan salir adelante, tardaría un poco, pero será meritorio.

Fin.

6

CLON

Mercedes Verónica Gowdak Mancini

Era una maravillosa época en la que todos la llamaban victoriana, donde los niños pobres eran obligados a servir en fábricas, las calles estaban pintadas de rostros de la clase trabajadora que, con sus sucias manos llenas de plomo, arreglarían sin chistar cualquier maquinaria que usted los ofrezca. Donde el simple hecho de tomar agua ya lo podía contagiar de cólera y que un simple pedazo de pan le costaba todo un día de trabajo.

Los papeles de anuncios aún eran el principal medio de publicidad. Éstos estaban en cada muro, ya sea anunciando una que otras cosas en venta o simplemente recordando eventos.

Escondido debajo de otros, se podía leer en un papel el peligroso invento de crear un robot a tu imagen y semejanza y que si algún día dejara de gustarle, no habría problema en apagarlo.

Entre esas calles llenas de papeles, de hombres trabajadores y medios de transporte avanzados; se encontraba una casa normal. Dentro de ella se veía un cálido ambiente familiar. Y, al lado de ésta, otra un poco más grande, con techos puntiagudos y ventanales. Pintada del moribundo color negro.

Y allí estaba yo, afuera del oscuro ventanal.

Cabello como la miel y enrulado tal olas de mar. Tenía tal piel porcelana blanca que, como una muñeca, parecía que iba a hacerse

añicos en cualquier momento. Su mirada se detenía en cada detalle del interior de la casa, mientras yo lo seguía con la vista desde afuera de la ventana.

¿Por qué omitir el hecho que yo lo observaba con ojos verde confundidos, mientras enrollaba nervioso un dedo en un mechón de mi cabello miel, y trataba de convencerse de que en esa casa no había nadie? ¿Por qué estaría yo tan confundido? Porque, como quizá ya se ha dado usted cuenta, el niño que acababa de mudarse era exactamente igual a mí.

Dentro de la casa, el niño no denotaba ni un rastro de emoción. Estaba serio, y solo buscaba un sillón para sentarse mientras su tutor estaba arreglando los últimos detalles con el dueño de la casa. Al terminar, éste se retiró y también lo hice yo.

Bien llegué a la casa de al lado, me recibieron mis padres, notando mi cara de preocupación preguntaron qué pasaba. Negué con la cabeza, afirmando que no era nada. Siempre fueron muy sobre protectores y por eso una parte de mí decía que lo debía resolver yo. Así que me encerré en mi cuarto y desde la ventana de allí, comencé a espiar.

Conforme pasaban los primeros días, no notaba tal información vital que me ayudara a saber por qué se parecía a mí. Así que poco a poco empecé a perderle el interés.

Esa copia no hacía nada más que pasearse dentro de la casa. Comía a la misma hora que yo y dormía cuando a mí me ordenaban ir a la cama. Ésta clase de hábitos repetitivos hacían que la investigación no avanzara, hasta que finalmente llegó a un punto muerto. Transcurriendo los días, aprendí forzosamente a no levantar la mirada a la ventana de al lado y a ignorar completamente la existencia de aquel individuo.

Hasta que sucedió. Ahí estaba mi copia de nuevo, pero esta vez lo vi en el colegio.

Desvié la mirada y traté de no hacer contacto visual, sentí mi boca bastante seca. Apenas me di cuenta, estaba retrocediendo. Me dificultaba respirar ¿Por qué me sucedía esto?

Oh señor, cualquiera fuera tu respuesta, no recuerdo haber hecho algo tan malo como para que me atormentes con la viva imagen de mi persona; que cada vez que pensaba en ella, sentía un apretón en el pecho y una inexplicable sensación de soledad.

Después que explicar que no tenía algún gemelo, todo iba bastante bien. Trataba de ignorar el hecho que a cada rato me encontraba respirando agitadamente y tamborileando mis sudorosos dedos en cualquier superficie. Lo que pasó a continuación no ayudó a frenar aquella molestia.

Al salir del colegio me encontré con un amigo mío. Parecía haber corrido detrás de mí y, entre jadeos, me comentó el nombre de aquél que estaba en su misma clase.

—Verás que aún no puedo creer la extremada similitud que tienen ustedes dos— empezó, mientras que miraba al rededor suyo para que nadie lo escuchara— su manera de hablar comparada la tuya es indiferenciable y hasta podría asegurar que tienen la misma manera de caminar. Ahora sí, lo que más me sorprendió es que su nombre es el tuyo.

—¿Qué quieres decir?

—Hablo de que su nombre de pila es Heinz, pero en realidad es Henry Fitzgerald.

Ahí volvía otra vez esa pesadez en el pecho, pero esta vez lo acompañó una nauseabunda sensación. Mi copia tenía mi nombre.

Esa misma noche llegué a la conclusión que era un saboteador.

No podía buscar pruebas más fuertes como las que encontré más adelante. Entre que pasaban los días, los niños se empezaron a calmar, hasta ignorar el hecho de que esa persona, que se parece tanto a otra, siquiera está ahí.

O, al menos, me empezaron a ignorar a mí.

Cada vez que hablaban de algún Heinz, siempre era de él. Poco a poco fue ganándose a todos y así logró ser una de las personas más populares del instituto.

Y lo peor era que se lo tenía ganado. Era un estudiante modelo.

Así pasando el tiempo, me di cuenta que me volví inservible, y que mi copia había alcanzado un mayor grado de aceptación que yo. Eso me hacía sentir cada vez más vacío y reemplazado. Llego un punto en que ya carecía de propósito. Podía verme pensar en él todo el día y en como se lucía en lo que yo no podía hacer.

¿Por qué querría intentar cosas, si una copia mía que las haría mejor?

Hasta que llegó el día en que hablaría con él. Y esta vez tenía algo que él no. Un anuncio. Era sobre un invento: El de crear un robot a tu imagen y semejanza. Al encontrarlo el día anterior se me iluminaron los ojos. Había reforzado mi autoestima y también encontrado una respuesta a mis dudas.

Ya había repasado mis líneas una y otra vez. Y cuando bajaba las escaleras de mi casa, dirigiéndome a la puerta de entrada, lo encontré.

Estaba en mi sala, junto con mis padres y su tutor.

—Cariño, ven, siéntate— Mi madre, quien me había visto, me señaló el sillón más cercano a ellos.

Inhale y les explique todo en un monologo. Obviamente la persona de al lado era una copia mia.

Mi madre, que ya la había visto sollozar a medida que contaba las cosas, me detuvo.

—Hijo, tu eres la copia.

Mi mente quedo totalmente en blanco.

A medida que me iban explicando lo comprendi mejor: no era su verdadero hijo. Al real lo habían perdido hace unos años y al querer estar al día con la tecnología, cambiaban de robot cada año por una versión que podría hacer mas cosas.

Sonreí cuando me dijeron que iban a dormirme, que iban a apagar me para siempre.

Mis padres también sonrieron, porque yo no era nada para ellos. Así como van a haber más de mí, fueron desechados los anteriores.

Y, con la mente en paz, escape de la casa.

Y esperaba nunca volver.

7

COPO DE NIEVE

Luz Naomi Delgado Florentin

La dulce niña miraba fijamente la ventana, era un día bastante cálido a pesar de ser otoño, aunque ella podía observar tranquilamente del otro lado, sabía que los de afuera no podían decir lo mismo. Las ventanas estaban cuidadosamente polarizadas, cortesía de su padre.

Con una tierna sonrisa en el rostro, se levantó de la alcoba para posteriormente dirigirse a su madre, quien le daba la espalda y estaba sentada en el suelo, al escuchar sus pasos la mujer giro la cabeza para observar a la pequeña, mientras la niña parecía tranquila y segura, la madre tenía un fuerte brillo en los ojos, parecía nerviosa y asustada. Sin musitar palabra alguna se abrazaron, ella la ama y no caben dudas de que su madre la amaba incluso mucho más, sus recientes acciones no podían más que confirmar este hecho, prometieron estar siempre juntas, a pesar de todo.

La mujer apartó a su niña, la miró a los ojos y dijo:

—Mi copo de nieve. Sabes que te amo para siempre? — la pequeña asintió — Todo lo que hago es por ti, para ahorrarte cualquier tristeza, él nos hacía daño y tenía que pagar, ahora nadie más podrá hacerte llorar. Odio verte llorar y más aún si es por un hombre.

La mujer miró una última vez a su hija y siguió limpiando la sangre del piso, estaba pensando en cómo iba a desaparecer un cadáver con más de noventa kilos.

Copo de nieve observaba a su mamá con una sonrisa, ella no tenía miedo de la sangre ni le causaba asco.

Seguramente, por eso, su sonrisa se mantuvo intacta mientras clavaba un cuchillo a la asesina de su difunto padre y amante.



COSECHAS LO QUE SIEMBRAS

Jazmin Monserrat Florentin Prieto

¿Qué es lo más importante de la vida? Sueños, dinero... Si, son cosas importantes... pero lo más importante, es responsabilizarte de tus propios actos...

Un padre estaba llevando a su hijo de paseo, era un tiempo para distraerse y convivir solos, los dos.

El padre decidió esto ya que, días antes la madre le había dicho que no pasa tiempo con su hijo, pues este se pasaba trabajando y bebiendo, y era un plan ideal para estar juntos.

El padre se puso a reflexionar y sabiendo que era verdad, que nunca hablaban y poco era el tiempo que convivían, accedió para fortalecer ese lazo de padre e hijo.

El niño de 8 años estaba tan feliz y emocionado por pasar tiempo con su padre, luego de un largo viaje llegaron a un área de campo abierto, hermosos arboles y un hermoso lago, un hermoso lugar donde pasaron la tarde.

Luego de horas volvieron a su casa, y todo volvió a la normalidad, esa normalidad en donde el padre volvió a hacer lo mismo de siempre, beber y trabajar, como si no existiera nada más.

Ese fue uno de los pocos recuerdos felices que tuvo este niño, pues tiempo después, exactamente la edad donde este comenzaba su adolescencia, su relación padre-hijo se fue deteriorando hasta llegar a no darse muestras de cariño.

Su madre se convirtió en su gran soporte, ese que lo mantenía con felicidad y con ganas de seguir, su gran modelo a seguir.

El padre nunca cambio, y siguió con sus malos hábitos, a pesar de que su hijo y esposa le rogaran que deje de beber. Así que la mejor decisión que encontraron, fue que la madre se separase de este hombre, que estaba decidido a no cambiar.

Este chico y su madre estaban tristes, pues tenían fe en que su padre mejore por ellos, pero no fue así y este decidió quedarse como esta, sin importar los sentimientos de su familia, esta que siempre lo apoyo para que pueda mejorar, pero no podían hacer nada mas que aceptar la realidad y seguir adelante.

Y así fue, años después con arduo trabajo lograron salir adelante, pero nunca supieron nada más de este hombre desde su separación, fue como si la tierra se lo hubiera tragado, en esos años jamás pudieron contactar con él, ni verlo de nuevo.

El chico quería ver al menos una vez más a su padre, pero por más que lo buscaron no lo encontraron, quería contarle de sus logros pues este logro entrar a una de las universidades mas prestigiosas de su ciudad.

Años después, cuando este chico logro recibirse y tener un trabajo seguro le dijo a su madre que deje de trabajar, que ya fue suficiente, y ahora le toca estar en paz.

En ese tiempo el chico encontró información sobre su padre, esta noticia lo sorprendió, pues le habían dicho que su padre había muerto por una grave enfermedad causada por su alcoholismo.

El joven se entristeció, pero se dijo así mismo que fue lo que su padre decidió, ya que cada persona "Cosecha lo que siembra" en esta vida.

9

DE MI PUEBLITO A LA UNIVERSIDAD

Camila Nair Lugo Algarin

Lo escucho, el bullicioso rechinar de un camión que pasa exhaustivamente a mi costado, que despierto, me había quedado dormida en plena parada de bus, empezar un nuevo año escolar me traía exhaustiva. Veo que para en la esquina y se bajan dos chicas, efectivamente, era lo que me imaginaba. Era la exactitud en su reproducción, de los recuerdos en mi cabeza lo que me hizo pensar, cuando recuerdo el sonido, viajo inmediatamente en ese momento, cuando llegue a esta ciudad. Los imagino, y la visión clara que tengo de ellos se refleja un momento cuando veo en el rostro de estas dos chicas, la misma mezcla de miedo y fortaleza, la misma que un día la tuve yo.

Recuerdo, llegaba el gran día, un viernes por la tarde, no me estaba preparando para una salida con mis amigos, cosa que era habitual de esos días, sino que estaba cargando el camión con mis cosas, estaba preparando mi salida, pero a la Universidad. En este camión viajaban esperanzas, sueños, nostalgias, nervios, melancolía y desarraigo. Esto para mí era completamente nuevo, no solo porque iba a dejar el colegio y enfrentarme a la universidad, sino porque iba a salir de mi casa, mi hogar, iba a ir a otra ciudad, una ciudad que en un futuro sería mía, lleno de nuevas cosas, de alegrías y tristeza, de amigos que quizá estaban en la misma situación que yo, pero, sobre todo, de muchísimos sueños.

También recuerdo el primer día, distraída, tímida y hasta con miedo. Hasta que empieza la bienvenida, “Queridos Alumnos, es un honor enorme para nosotros como Institución Educativa recibirlos a todos en nuestra casa, nuestra familia, porque eso es lo que somos a partir de este momento, una familia, y por ende asumimos el enorme compromiso del apoyo con todos, esperando la misma respuesta por parte de ustedes. Sean agradecidos, con Dios, con sus padres, y con ustedes mismos, por ser valientes para enfrentar un cambio radical en sus vidas, por no tener miedo a todo lo nuevo que trae ser universitario y por la voluntad de querer tener un futuro diferente para ustedes y su familia”, todos emocionados, nerviosos y hasta con lágrimas en los ojos escuchábamos las palabras de bienvenida de la Rectora de la Universidad, sí, la Universidad. Recuerdo que al escuchar estas palabras me cargue de valentía. Y así, siguiendo la secuencia de mis propios recuerdos, miro a estas dos chicas desde la caceta de bus, lo que ellas no sabían aún, era lo que es ser estudiante del interior, saber lo que es tener que despedirse de tu familia, dejar padres, abuelos, novio, mascota y por sobre todo a nuestros amigos del alma cada vez que debemos volver a la universidad, con tan solo 18 años. Que algunos días, hay que secarse las lágrimas porque rendirse no es el camino. Lejos se extraña la comida de mamá, la cual tiempo antes no nos gustaba, pero después de kilómetros de distancia, se extraña el condimento de amor que le ponía. También se aprende a jugar con la ansiedad de volver a darle un abrazo a la familia, que tanto esfuerzo hacen, para que tengamos la posibilidad de estudiar lo que estudiamos. Cuando esta llega, aprieta con fuerza y amor porque pasaron muchas horas, días, semanas y hasta quizás meses, para brindar un poco de amor directo. Se aprende a extrañar estando lejos, quizás hasta las cosas que no nos agradaban de casa, del barrio, del pueblito, pero cuando todo empieza a tomar sentido, el orgullo de vivir en el interior cada vez se vuelve una herramienta más importante. Ya casi es una anécdota fácil de contar. Estando lejos de casa se aprende a tener amigos nuevos, los cuales también son de otro interior y entienden las emociones por las que estas pasando.

Entonces, con todo esto, revuelta en mis recuerdos, sonríó y

pienso, tengo la suerte y el privilegio de estar donde quiero estar, al igual que estas dos chicas, estudiando lo que me gusta y dando lo mejor de mí. Todos los días trato de no olvidar que soy del interior, que vengo de un pueblito pequeño en busca de sueños grandes y me propongo a disfrutar del sacrificio que está haciendo toda esa gente que confía en mí.

Sigo observando a estas dos almas que se atreven a explorar sus propias victorias, y les deseo con mis pensamientos, sin dirigirles ni una sola palabra, que no se olviden que en el interior, está su familia hablando con mucho orgullo, con el pecho inflado y la espalda grande de dónde anda su hijo, nieto, hermano, amigo, haciendo camino para su futuro y que cuando vuelvan y vean la felicidad reflejada en los ojos de su familia, todos esos días adversos tomara sentido.

10

EL BARCO BOTELLA

Rena Elizabeth Fritos González

Esta historia comienza una tarde de un martes 25 de junio en 2019, me encontraba de camino a mi casa y como me era de costumbre me fascinaba ir a ver aquel puente de madera, recostarme sobre ella, como si fuese una cama, hecha únicamente de pino, mientras admiraba las nubes del cielo intentado descifrarlas, creía que cada una de ellas tenían una figura relacionada a un animal o alguna planta, no sabía cómo pero siempre que había nubes, podía hallar entre ellas la figura de una tortuga sencilla, con su caparazón y su cabecita o con una cabeza de conejo pegada a ella, me era gracioso pero cuando se lo contaba a mis compañeros de la escuela, estos me miraban raro como si hubiera dicho algo loco y termine quedando como el único que se reía, yo creo que no tenían sentido del humor. Yo me llamo Alexis tengo 9 años y quiero contarles sobre el barco botella, aquel día me había quedado más tarde de lo usual a causa de que uno de mis compañeros me habían seguido, para así poderme pegar, yo no me había percatado de nada, nadita, solo en el momento que llegue al puente y me recosté de un costado viendo las huellas del tiempo en la madera, pude escuchar a alguien gritar-¡¡rápido, rapado vamos por E!!!- sentí temor por ello corrí rápido, para refugiarme debajo de mi

pequeño puente de madera, que se construyó sobre un río no muy grande, cerca de la escuela, estaba rodeada de pasto y rocas, nunca había explorado debajo de ella, la verdad me daba miedo ya que podría vivir un ogro allí, además solo me gustaba estar encima del puente y no debajo, pero en aquella ocasión, el miedo de que me golpearan era mayor, por eso corrí hacia bajo sin pensar lo dos veces, para mi suerte había un pequeño lugarcito rocoso bien firme, que podría aguantar mi peso, estuve allí un buen rato, rezando porque mi compañero, que parecía dos años más mayor que yo, ¿como aun seguía siendo mi compañero de tercer grado?, no se tal vez repitió dos años continuado aunque la verdad lo único que me importaba era salvarme de aquél aprieto, el cual nunca supe cómo llegó a empezar, para mi gran suerte nuevamente, su mamá había llegado para recogerlo de la escuela, llegue a escuchar gritos de perdón, más también, a la madre gritar preguntando el por qué estaba “aquí jugando” y no en casa ya, tal vez era malo de mi parte haberme reído y puesto feliz, pero él era más malo que yo, por eso creo con sinceridad, se lo merecía.

Cuando estuve a punto de asomarme hacia arriba y mirar, para así asegurar que el peligro ya se había desvaneció, escuche un golpe detrás mío, como un vidrio tocando, como si pidiera permiso para pasar, pero podría haber sido una botella de cerveza o de vino que algunos borrachos tiraban en el agua, entonces me di la vuelta y fui a ver para poder recogerla, para mi sorpresa era una botella con algo dentro de ella, al instante creí que era un mapa del tesoro. Llegue a mi casa, abrí la botella y era una carta no un mapa del tesoro, mis esperanzas de ser dueño de una juguetería se esfumaron, pero aún quedaba la carta y me puse a leerla, lo bueno era que ya sabía leer, lo malo fue que el trozo de papel se encontraba un poco mojado y solo pude leer un nombre el cual era Reina, luego ya todo era muy borroso por lo tanto escribí otra carta con lo siguiente: _ Hola, lo siento tu carta se mojó y solo pude leer tu nombre y ya que soy un poquito curioso, ¿quisiera saber si puedo preguntar algunas cosas sobre ti?, si tu respuesta es sí, puedo saber ¿si tú cabello es como el algodón de azúcar?, Si es asi ten cuidado muchos tratarías de comerlo, ¿Tus ojos son de color azul?, Mi madre según lo que me había dicho mi papá,

tenía ese color de ojo, nunca la conocí, ni a nadie con esos colores de ojos. Dime ¿te gusta la tierra? a mi sí, si te pones a sembrar una semilla esta crece y sería como tu bebe, ya que es chiquitita, además debes cuidar de ella como si fueras su mamá, por eso sería tu bebe, ¿vas a la escuela?, a mi no me gusta ir, muchos se ríen de mí porque me gusta ver las nubes, también por que estoy solo todo el tiempo, ¿tu tienes amigos? Si no tienes, podemos ser amigos. Cuando termine con la carta me puse a examinar la botella, por si no se encontraba con alguna fuga, pero solo estaba un poco mojada y tenía consigo un olor muy dulce como a vainilla, la seque bien, le puse la carta y al día siguiente por la mañana, de ida a la escuela la puse en el río, la verdad no tenía esperanzas con que llegase a su destino, después de todo era como si dejaras una hoja seca que se fuera con el viento, puede que nunca llegue. Pasaron dos días ya me empezaba a desanimar, en el tercer día a la mañana sin muchas esperanzas, me fui bajo el puente a dar un vistazo, me asombre tanto cuando la vi allí, chocando nuevamente entre las rocas, la tomé y corrí como toda una cabra loca para todo aquel que me viera, pero me sentía tan feliz como una lombriz, además de impaciente como una Leona queriendo acechar a su presa, ya solo me quedaba la codicia a que llegase el recreo, hasta que al fin la espera dio su recompensa, la campana sonó, fui el primero en salir, me fui en la ultima esquina del patio de la escuela, donde nadie me molestara, abrí la botella y el papel era diferente, la botella no quedaba atrás con su nuevo aroma a chocolate, comencé a leer; era ella describiéndome sus largos cabellos, que no eran de algodón pero si eran tan largas como las cuerdas más largas del arpa Paraguaya, aunque estas no hacían ninguna melodía, sus ojos si eran de color azul y me afirmó que amaba la tierra, además de que si quería que fuéramos amigos, yo sería su primer amigo ya que no tenía ninguno, la alegría era aun mayor, mi corazón sintió un cálido sentimiento y la sonrisa en mi rostro no espero para hacerse presente; en su carta hizo las mismas preguntas que yo y conteste: _Mi pelo no es de algodón pero si color oscuro, mis ojos no son azules, son color café y si me encatará ser tu amigo, rápidamente puse mi carta en la botella, la cubrí con mi abrigo, hasta llegar a la sala de clases, la guardé

en mi mochila y de camino a casa, la puse nuevamente en el río pero esta vez con mucha esperanza de que llegara a su destino. Con los entusiasmos hasta el cielo llegue a mi casa, mi padre se hallaba sentado en el sofá viendo un partido de fútbol y en su mano izquierda una botella de vino, suspire un tanto enojado, pero con una sonrisa falsa dibujada en mi rostro me le acerqué y le dije:

-Padre ya llegue, hoy me fue muy bien en la escuela-. Él tan solo me miro de arriba a abajo, se hecho un chasquido acompañada con desprecio, luego dirigió su mirada nuevamente al televisor, tan solo me quedo subir a mi habitación para así dormir y dormir, esperando un nuevo día para poder volver a ver aquel barco botella, que en ella traerá un trozo de papel que dará luz y alegría a mi pequeña vida. Nuevamente pasaron los 2 días y 1 día más, pero para mi desgracia llovía sin cesar, tuvo que pasar 5 días, triste me encontraba mirando la ventanita, temía lo peor, que ella se enojara o que la corriente del río devolviera cada una de las botella. Al fin la lluvia paró corrí y corrí desesperado por llegar, nuevamente me sorprendí, había 10 botellas, cada una de ellas con una carta y en cada una de ellas describe su vida, su mundo, sus tristezas y alegría, acompañado de diferentes esencias, algunas olían a flores otras a chocolate o fresa, en una de ellas decía lo mucho que esperaba mis respuestas, en lugar de ir a la escuela me senté en aquel puente y me dispuse a responder a cada una de sus cartas, en cada botella puse cada carta, al terminar comencé a ponerlas una a una en el río, parecían una fila de barcos yendo a la guerra, preparados para luchar contra las corrientes, rocas y cualquier otra adversidad, para así poder completar su misión, lo cual era llegar a sus manos delicadas, así poder ser leídas y vistas por esos ojos azules, me sentía el niño más feliz, me pare y comencé a caminar, hasta que por descuidado choque con un señor, el cual resultó ser mi padre, con la mirada llena de furia, me tomó del brazo, me jaló con fuerza para llevarme a casa, detrás de nuestras pisadas, escucho la voz de un niña gritar ¡¡¡SUÉLTELO!!!, a lo poco que puede llegar a ver era una niña, con unos cabellos largos y parecía estar llorando de preocupación o temor, yo también lloraba, pero no de miedo, sino más bien de angustia porque tal vez, no podría volver a oler el dulce aroma que quedaba impreso en el barco

botella y no podría volver a leer las cartas de Reina, tan solo me rendí, no luche más contra mi padre simplemente me puse a caminar tras él, su mirada fija al frente y yo deseando jamás llegar pero para mi pesar estábamos ya en la entrada de la casa, entramos y él sin dudarle, sin que le temblara la mano me azotó, una y otra vez quise llorar pero no pude me dolía tanto que terminé desmallado. Me desperté tal vez luego de tres o dos horas, mi papá estaba en una esquina de la cama, al notar que me desperté se arrodilló pidiéndome perdón, al lado de él estaba un señor con un traje de policía parecía de verdad, le sonreí a mi padre y le dije: _ya no me duele papá, por favor no llores, él seguía rogando perdón y no paraba de llorar hasta que el señor disfrazado policía lo levantó y se lo llevó, luego de eso no lo volví a ver, estaba algo triste, lo empezaba a extrañar mucho, pero mi abuelita me dijo que no me preocupara, que pronto volvería y que estaba vez el sería un mejor papá, hasta entonces ella cuidaría de mi. Le pedí algo a mi abuelita el día en que me pude ya ir de aquella enorme casa, donde me ayudaron a sanar mis heridas, le pedí que me llevara donde estaba mi puente de pino, ella no se negó, cuando llegamos allí me dijo que estaría sentada no muy lejos, donde pudiera verme, cuando yo me acercaba al puente pude ver que había una niña con un botella en la mano, su cabello era largo muy bonito, me le acerque y sus ojos eran azules entonces pregunté _¿Reina eres tu?, ella me abrazó entre lágrimas contestó _Sí, soy yo. Estaba desconcertado, ella se encontraba en carne y huesos, me estaba abrazando lo cual se sintió tan cálido y confortable tener un hombro en el cual refugiarme también pude oler un aroma más dulce que se hallaban en las botellas pero no podía dejar llevarme por el momento, me aparte y le pregunte con mucha seriedad _¿Por que nunca me escribirte que vivías cerca o por que no te acercaste a mi?, ¿acoso no me veías responderte cada carta y poner las botellas en el río?, ella con la mirada al suelo y su voz cada ves mas bajo me pidió disculpas, ella siempre me veía en una esquita alejada del puente, ella temía acercarse a personas desconocidas, por temor a ser juzgada por como era, por como pensaba o por sus gustos, ya que las personas eran crueles al juzgar, pero le gustaba como era mi personalidad o lo que alcanzaba a ver hasta que decidió aquel

día acercarse a mi a su manera más cómoda, entonces comenzó a llorar nuevamente, relataba el momento en que mi papá y yo nos peleamos, se sintió culpable, quiso defenderme; al terminar de contarme todo, me sentí nuevamente tan feliz porque sin saberlo alguien en silencio a distancia compartía un poco de su tiempo con migo, extendí mis brazos y le pedí que termináramos aquel abrazo, estuvimos un rato largo conformando el uno al otro, nos recostamos sobre aquel puente hasta quedarnos dormidos, juntos tranquilos, con la brisa del viento acariciando nuestras mejillas tomados de la mano con el anhelo de nunca soltarnos.

Fin

11

EL REGALO DE ISABEL

Ana Paula Encina Ariste

En el vasto bosque de una tierra lejana, vive una niña llamada Isabel. Tiene cabellos negros y piel aceitunada, es de estatura mediana con un par de ojos marrones que reflejan sabiduría y curiosidad, pertenece a los pueblos originarios que han vivido por cientos y cientos de primaveras en el lugar. Isabel sabe que ella es parte de la naturaleza y la naturaleza es parte de ella, su alma conoce cada punto del lugar, cada flor que reluce a orillas del arroyo y cada fiera que observa juguetona desde lejos.

El ambiente que se vivía en la tribu era alegre y de trabajo. Los niños jugaban con los animales silvestres y sus juguetes de madera, los adultos hacían sus quehaceres y los mayores observaban la luna y las estrellas. Pero cierto día, el hombre más anciano de la tribu, pidió una reunión en la tienda común para dar un mensaje.

Todos los miembros de la tribu, incluida Isabel, se agruparon para escuchar las palabras del sabio. Se podía sentir la tensión tanto por dentro de la tienda como en la espesura del bosque. La ansiedad general aumento al ver acercase al centro del grupo al más anciano de la tribu con un rostro inexpresivo. Por fin, el sabio, habló.

-Hoy, nos reúne la llamada de la naturaleza, la quietud del bosque, el silencio de las bestias. La llamada es para estar atentos, cuidarnos entre todos porque se acerca un mal desconocido que representa un peligro para nosotros.

Con ese mensaje. La reunión llegó a su fin.

Poco después, la caza se hizo cada vez más difícil porque las fieras huían hasta los lugares más apartados e impenetrables y los peces en los arroyos iban en disminución. La tribu desconocía cual podría ser el motivo, pero el mensaje del sabio estaba presente.

A unos kilómetros, Marino Velázquez, un explotador de madera se instaló con su comitiva de cincuenta hombres para realizar los trabajos de obraje en el bosque.

Por los ruidos de motores, caídas de árboles y voces lejanas de hombres, la tribu descubrió el peligro que corría su hogar común.

Marino no dio derecho a objeción a los nativos, solo les contestó que las tierras habían sido compradas por su corporación obrajera y que solo hacían su trabajo. Pero las tierras pertenecían a los pueblos originarios, eran sus tierras las que estaban siendo amenazas por un poder aparentemente superior.

Pasadas unas noches, de madrugada, una desorientada serpiente que había huido de su árbol por las insistentes talas, encontró el campamento de los trabajadores. Se arrastró sigilosa y sedienta a la fresca carpa de Marino Velázquez, fisgó por unos momentos por las esquinas y en un movimiento somnoliento del hombre, la serpiente clavó sus colmillos y dejó el veneno en el tobillo del hombre.

Un grito ensordecedor despertó a todo el campamento. Marino entró en pánico, se sintió condenado a muerte por la escasa posibilidad de ser tratado por la mordedura y no deseaba enfrentar esa realidad.

Horas después, todos los miembros de la tribu se enteraron de lo ocurrido. Se alarmaron, pues, tenían miedo de que las fieras del bosque se vuelvan en su contra. Ese día, Isabel no compartió con su tribu. Corrió como nunca antes lo había hecho. Llegó a orillas

del arroyo, mezcló el agua pura con las hojas de unas ancestrales plantas medicinales, dio gracias a la naturaleza y vertió el líquido en su vasija.

Llegó al campamento de los obrajeros guiada por el alboroto de los trabajadores y sin necesidad de preguntar encontró la carpa de Marino Velázquez, habían pasado ocho horas de la mordedura de la serpiente. La niña entró a la carpa y dio de beber el preparado al doliente hombre y proclamó unas palabras en su lengua que se traducen de la siguiente manera: “La generosidad de la naturaleza no es interesada, aunque la destruyas ella volverá a reponerse y te regalará lo que necesitas”.

Aquel hombre no entendía aquella lengua, pero pareció comprender lo que estaba diciendo la niña. Se le escaparon unas lágrimas y con la voz entrecortada le dio las gracias.

La curiosidad de Isabel era tan grande que días después volvió a visitar el campamento. Se sobrecogió al encontrarse con una vista fantasmal del lugar o de lo que quedaba de él. Los trabajadores no estaban, las máquinas fueron retiradas y solo quedó en pie una carpa. No sabía si salir huyendo o explorar detenidamente el lugar para poder entender lo que había pasado. Optó por la segunda opción y se dirigió con paso seguro a la solitaria carpa, encontró en el interior unas bolsas con semillas y decenas de herramientas y sobre una mesita rústica, encontró un tambor hecho de un tronco hueco. De inmediato, le enterneció la escena que atisbó en aquel instrumento. Era ella tallada con líneas muy finas estrechando sin miedo las manos de aquel hombre a quien evidentemente salvó la vida.

Llevó el tambor y las demás pertenencias como el tesoro más grande que sus manos hayan tocado alguna vez y contó a toda la tribu lo ocurrido como en una especie de sueño alérgico.

Desde ese momento, se montó con su tambor a una piedra plana y tocó con el corazón en todos los rituales religiosos y días festivos dando las gracias por la paz de su pueblo y la generosidad de las almas desinteresadas.

12

IKAL

Camila Belén Chávez Enriquez

Todo está oscuro, solo se oyen llantos y lamentos. No sé qué está sucediendo, ¿qué pasó?, ¿dónde estoy?

De a poco voy abriendo mis ojos y me encuentro frente a un edificio pintado de blanco, parece antiguo, pero no reconozco qué es.

Sigo caminando alrededor de él por si alguna referencia me indica qué es este lugar, hasta que finalmente encuentro un cartel, “Funeraria Los Ángeles”. Sigo confundido porque no entiendo que estoy haciendo en una funeraria, ¿acaso estoy soñando?

Entro por lo que creo que es la puerta principal y me encuentro a mi madre llorando, sentada en una silla, con un ramo de flores en la mano, voy corriendo hacia ella para abrazarla, pero parece no sentirme.

—Mamá, mamá, acá estoy, ¿Qué pasa? ¿por qué estas llorando?

Nada. Ninguna sola respuesta.

—Mamá, Ikal soy, ¿Qué pasa? Contame

Sigue sin responderme, pero se levanta de la silla para abrazar a alguien, trato de distinguir quién es y me doy cuenta de que es

Juan, mi mejor amigo de la infancia, que también entró llorando por la puerta principal.

Aun no entiendo qué pasa, ¿acaso nadie puede verme?, ¿quién falleció?

Giro en dirección a una sala llena de personas para ver si es que puedo entender que es lo que está pasando.

Al llegar al salón escucho a un sacerdote haciendo una misa con toda mi familia alrededor de un ataúd color roble. Me acerco para ver de quién se trataba y no puedo creer lo que veo, me encontraba parado al lado de mi cuerpo inconsciente, sin vida.

Trato de recordar qué es lo que pasó y escucho a mi padre, que, entre sollozos, habla con mis tíos.

—Sí, nosotros tampoco podemos creer que esto pasó tan rápido. Hace dos días nomas salió de terapia y los doctores nos habían dicho que estaba mejorando y ayer de la nada tuvo una recaída y sus pulmones dejaron de funcionar.

—¿Pero no pudieron ayudarle? ¿Por qué no nos llamaste? Quizás podíamos conseguir una cama de terapia en algún hospital.

—Y mientras que tratábamos de encontrar de nuevo una cama en terapia ya fue demasiado tarde, ningún hospital tiene lugar porque cada día aparecen miles de casos nuevos de COVID.

De a poco iba recordando que fue lo que me había pasado, mi último recuerdo fue cuando me estaban poniendo oxígeno en el hospital ya que no podía más respirar bien. En ese momento ya tenían que haberme internado, pero no pudieron porque no había ni una sola cama disponible.

Recuerdo que me quedé dormido en el suelo del hospital esperando que un lugar se llegara a desocupar mientras mi mamá trataba de conseguir alguno de los remedios que los doctores me habían recetado.

Ahora me doy cuenta de todo lo que esta pasando, no sobreviví, un virus fue más fuerte que yo, todo esto es mi culpa. Yo sabía

que era asmático, yo sabía que tenía que quedarme en mi casa y no salir, en cambio decidí irme a esa fiesta pensando que no me podía contagiar.

Estaba tan desesperado por volver a ir a una fiesta que no dimensioné ninguna de las consecuencias que esto podía traer, y ahora mi toda mi familia y mis amigos están llorando mi partida.

Yo no quería esto, yo sabía lo ineficiente y obsoleto que es nuestro sistema de salud, sabía que si llegaba a enfermar quizás no consiga ni uno de los remedios que los doctores me recentaban, sabía lo difícil que era y sigue siendo conseguir una cama libre en terapia, sabía que nuestro país estaba en su pico de contagiados, pero nada de eso me importo porque yo solo quería salir de fiesta una vez más.

Perdón mamá, perdón papá. Sé que fui egoísta al haber salido aquella noche, sé que fui un irresponsable. Pero ya es demasiado tarde, nunca podré decirles cuánto lo siento. Siempre me dieron todo lo que pudieron en esta vida y yo no pude devolverles un poco de lo que hicieron por mi quedando en casa, protegiendo nuestra salud y nuestra plata.

¡La plata! ¿Cuánto gastaron por mí?, ¿acaso mamá uso lo que tenía ahorrado para pagar mi universidad? ¿se quedaron con una deuda enorme que quizás nunca puedan pagar toda? De verdad me siento como un idiota en este momento al pensar en todo lo que les hice pasar.

Escucho el llanto de las personas, el desespero de mi familia, quisiera poder decirles cuánto los amé, agradecerles por todo el apoyo y cariño que siempre me dieron, pero ahora ya es demasiado tarde.

De lejos veo una luz blanca adentrándose por una de las ventanas del salón mientras mi pecho se inunda del último suspiro; escucho el llanto de quien siempre me contagió esa hermosa y escandalosa risa y comprendo que se muere conmigo y que yo, yo no puedo evitarlo.

Me siento mal por toda mi familia, pero al mismo tiempo sé que

ahora podrán descansar de todo el esfuerzo y sacrificio que hicieron por mí en todo el tiempo que estuve internado, no sé cuánto fue, pero al menos sé que ya no sufrirán más, no sé si esta bien sentir eso, pero podía estar en paz.

Antes de irme definitivamente de este mundo recuerdo una frase de una escritora que a mi mamá le encantaba, “la muerte no existe, la gente solo muere cuando la olvidan; si puedes recordarme siempre estaré contigo”, y tengo la certeza de que mi familia jamás podrá olvidarme.

Cierro los ojos y solo oigo llantos y lamentos. Ya no queda nada más que hacer, solo decirles que disfruten antes de encontrarse conmigo.

Mi nombre es Ikal, un nombre único que mis padres eligieron el día que nací y que para los mayas significa espíritu. Hoy, luego de tan solo 23 años y gracias a la COVID y la corrupción de nuestro gobierno que no consiguió mejorar nuestro sistema de salud, ni siquiera en una pandemia, me convierto en el Ikal que protegerá a mis padres desde el más allá.

13

JOVEN POR SIEMPRE

María Elena Rivarola Pintos

Aquella mañana, Daría y Malcom se encontraban juntos, acabando ya de preparar la mesa para desayunar, tomaron asiento y disfrutaron un café caliente que combinaba perfectamente con aquella estación de invierno que arrasaba la movida ciudad. Con aquel escenario tranquilo y cotidiano quién pensaría que estuviesen celebrando su quinto año de casados, pero para ellos, aquel momento era más que especial. Estaban ya en sus 30, solo querían descansar en su día libre, dejando de lado el trabajo. Esto no quería decir que eran aburridos ni mucho menos, es más, las bromas casuales y ocurrencias no faltaban en la relación.

En una fecha tan importante, se pusieron a recordar y comentar anécdotas de su atareada juventud, cuando iban camino a terminar la secundaria.

Daría era una joven muy extrovertida y tenía una luz de carisma que siempre lograba ganarse el corazón de las personas. En cambio Malcom era más reservado e introvertido pero al igual que ella, nadie podía despreciarlo debido a su cálida sonrisa y amabilidad. Se conocían desde niños, formaban parte de un grupo de amigos de infancia. Todos ellos vivían en un pequeño pueblo llamado Aldana.

Además de Daria y Malcom, también formaban parte del grupo Sara y Daniel. Todos los días había una historia que contar dentro de su ingenuidad e inocencia.

Ya que se encontraban a tan solo medio año de empezar a estudiar una carrera, cada uno se preparaba académicamente para poder ingresar a una buena universidad. Ninguno de ellos lo mencionaba pero aquellos días cotidianos con momentos rutinarios estaba por llegar a su fin, cuando todos juntos esperaban en la parada de autobús, cuando cada sábado jugaban fútbol en la cancha de Don Anselmo, cuando Sara se molestaba con alguna broma de Daria pero luego se hablaban como si nada hubiese pasado, y muchos más. No lo comentaban pero dentro de ellos nació un extraño sentimiento de miedo y empezaron a valorar más que siempre todos los regalos de aquella bella amistad.

Todos ya tenían un sueño, a excepción de Daria, que además de sus decadentes calificaciones no pensó que el momento de mejorar sus calificaciones y elegir una carrera como los otros llegaría tan de repente como una bola de nieve que se hacía cada vez más grande. Malcom no tenía las mejores calificaciones como Sara y Daniel pero eran aceptables y suficientes, él tenía pensado estudiar Análisis de sistemas informáticos ya que siempre le gustó trabajar frente a una computadora.

Sara soñaba con ser abogada, de hecho iba perfecto con su personalidad fuerte y decidida.

Daniel siempre quiso ser un gran médico y así no solo cumplir su sueño, sino también hacer sentir a su madre orgullosa, que lo crió sola con el más puro de los amores.

Pasaban los días y el momento en donde empezaría una nueva etapa en sus vidas estaba cada vez más cerca. Daria logró mejorar sus calificaciones, que serían suficientes para ingresar a alguna universidad.

Cuando por fin culminaron su bachiller, cada uno fue por caminos diferentes y comenzaron a experimentar retos desconocidos.

Malcom y Sara empezaron a estudiar lo que querían desde el

principio. Daniel no pudo aprobar su exámen de ingreso, lo intentó dos veces pero a la tercera lo logró, empezó más tarde pero estaba tan decidido que invirtió el tiempo que tenía para ahorrar dinero consiguiendo trabajos de medio tiempo y estudiando hasta que le sangrara la nariz.

A diferencia de todos, Daria estaba indecisa y decidió no estudiar ninguna carrera porque no estaba convencida, pasó un año preocupada porque no tenía un sueño como los demás. Pero un día sin esperarlo, quedó asombrada viendo un programa de cocina, no sabía si era porque no sabía qué hacer de su vida, pero se vio reflejada en aquellos chefs que lograban sacar una sonrisa a las personas que probaban sus comidas. Y así fue como ahorró para estudiar en un Instituto de Gastronomía.

Todos estaban ocupados, aunque solían reunirse de vez en cuando, la disponibilidad de tiempo de cada uno era variada ya que estaban acostumbrándose al nuevo ambiente.

Cuando agilizaron mejor su tiempo, pudieron reunirse más frecuentemente. Aquel grupo de amigos seguía siendo igual, la única diferencia era que tenían más responsabilidades que nunca. Daria preparaba un manjar diferente en cada reunión para que lo pudieran llevar y luego darles una opinión sobre sus recetas, Sara se burlaba de ella preguntándose cómo fue que aquella joven despreocupada y que se quedaba durmiendo en clases se convirtió en alguien tan diligente, Daria le respondía con alguna que otra mueca. Malcom y Daniel sólo se reían de aquellas amigas infantiles con edad de adultas. Así es como el grupo de amigos no se perdió en las aburridas rutinas de sus profesiones.

Un tiempo después se reveló un gran secreto, Daria y Malcom estaban en una relación sentimental y tenían pensado casarse al terminar su carrera y tener un trabajo estable. Al principio Sara y Daniel estaban sorprendidos pero al analizarlo mejor, siempre era extraño que a Malcom no le enojara ninguna broma de Daria, es más, cada vez que la miraba sonreía más de lo normal y aquellos ojos brillaban como dos lunas. Se dieron cuenta que estaba enamorado de ella desde niño y nunca se lo dijo. Recién después

de dos años de empezar su carrera se lo confesó y empezaron a salir.

Así es como volvemos a aquella vista de Malcom y Daria tomando un café armónicamente en su quinto aniversario.

Aquel grupo de amigos tenía una fuente de juventud, eran sus mentes, sus talentos y su capacidad de ver la belleza de la vida. Tenían defectos igual que todos pero iban corrigiéndose con las experiencias. Cada hora que perdemos en nuestra juventud es un tiempo perdido. Cualquiera persona que mantiene la capacidad de ver la belleza no envejece.

14

LA GEMA ARGÁN

Eliana Maria Ojeda Ortiz

Hace millones de años existía en nuestro planeta una soberanía, Hertron y Ágata, mantenían en paz y prosperidad.

Hertron debido a su gran amabilidad y comprensión, ha heredado de su Padre el poder de ser soberano de este Planeta sin embargo, Dartron, su hermano, era un individuo malévolo, siempre ha anhelado el poder, debido a este inescrupuloso pensamiento Hertron decidió desterrarlo del Planeta Tierra, Dartron no pensó dos veces y emprendió una búsqueda para conseguir un poder más fuerte, recordó entre sus vagas memorias una leyenda que les contaba su padre a ellos, sobre una gema, la gema Argán partida en dos, inmensamente poderosa, una de las mitades estaba oculta entre las montañas rocosas de Tratoria en el Planeta Titán, y la otra mitad en Sagitarius-A un agujero negro ubicado casi en el centro de la Vía Láctea.

Dartron cegado por su maldad, paso días y noches soportando el inestable clima del Planeta Titán, tropezando entre rocas, golpeado pero todavía con fuerzas encontró la mitad y se unió a los orcos, criaturas desagradables del inframundo, formó su imperio lleno de odio y codicia

Pasaron años y años en el planeta tierra, lograron construir una gran sociedad, cada espadachín del planeta poseía un Grifo un ave mitad león y con cabeza de halcón, que los guiaba a proteger el planeta de todo.

Hertron y Ágata esperaban un bebe con ansias, llegó el día del nacimiento, una hermosa niña de ojos azules cristalinos, sentía el aire de la tierra por primera vez, la llamaron Lía, el mundo entero estaba feliz y una gran fiesta se celebraba.

—¡Será muy valiente! – decía el hechicero.

—El tiempo nos lo dirá- acotó su madre

Lía fue creciendo, su padre le enseñaba todo sobre las espadas, le hablaba sobre sus antepasados y sobre la “La leyenda de la gema Argán”. Lía se convirtió en un gran espadachín que protegía a las aldeas.

Un mañana Lía estaba acariciando a su Grifo y de repente el cielo se tornó oscuro, estaban todos aterrados, desde una nube bajo Dartron saludando irónicamente a todos.

—¡Buenos Días a Todos!- decía Dartron

—¿Qué haces aquí?, no eres bienvenido,- dijo Hertron

—Tengo una de las mitades de la gema Argán y me nombrare soberano de esta tierra – dijo Dartron

—No lo voy a permitir- dijo Hertron al mostrar al descubierto su espada, observó su filo, y su rostro quedo reflejado en ella.

Un gran duelo acontecía entre ellos, espada contra espada, Mirada contra mirada, era grande el poder de la gema al verse caída ante la maldad de Dartron y en un instante de tiempo Hertron quedo acorralado y una estocada directo al corazón lo dejo herido irreversiblemente.

Dartron quedo mirándolo durante unos segundos, miro hacia un costado y vio a Lía, se sorprendió y desapareció

Rápidamente entre lágrimas, Lía, su madre, y el hechicero se

acercaron a Hertron

—No puedo hacer nada la gema es muy poderosa- decía el hechicero

—Hija, debes encontrar la gema, así salvaras nuestro planeta- dijo Hertron casi sin respirar.

—Padre, no podré hacerlo sin tu ayuda- dijo Lía desconsolada

—Lo harás, desde que naciste supe que serías muy valiente, además Dartron vendrá a asesinarte también, debes protegerte- dijo Hertron

Hertron no aguantó más y murió.

El día más triste de todo el planeta sofocaba a cada uno ellos, una de las personas más nobles se había ido.

Lía decidió que debía ir a por la gema Argán, su padre lo habría querido así, habló con el hechicero para idear un plan, que rogaba que sea victorioso.

—Escúchame con atención Lía, el lugar a donde te diriges es hostil, frío, pero no solitario existen entes que protegen la gema, deberás comunicarte cautelosamente con ellos sin perturbarlos, te darán la gema si tienes tu objetivo bien claro y seguro- decía el Hechicero.

—Esta bien, pero debes saber que en el momento en que yo tenga la gema, Dartron lo sabrá y vendrá con sus orcos a destruir el planeta- dijo Lía

—No lo hará, necesita esa mitad y además estaremos preparados para cualquier cosa, los espadachines ya lo saben están alertas- decía el Hechicero.

Al día siguiente Lía estaba preparada e intrigada por lo que podía pasar.

—Regresare tierra— decía ella

Subió a su grifo y voló hacia el espacio exterior, cruzó miles de estrellas, planetas, asteroides, hasta que diviso al masivo agujero

negro Sagitarius-A

—Ahí esta- dijo Lía

Descendieron lentamente y lo cruzaron, los pisos y las paredes parecían espejos en movimiento, sigilosamente, Lía comenzó a avanzar escuchaba voces como un eco, venían de un habitáculo, con curiosidad ingreso y diviso un atrio, encima de él un cofre, Lía pensó – ahí está la gema- dio un paso y se le acercó un ente y le dijo

—¿Eres tú, Lía?- dijo el ente

—Si— afirmó Lía

—Estamos informados de lo que sucedió, el poseedor de esa mitad esta cegado por el odio, te rogamos noble ser, llevar esta mitad de la gema y enfrentar a ese ser.-decía el ente.

—Mi gratitud es infinita- dijo Lía

Sin más que pensar, Lía coloco la gema en uno de sus bolsillos, en ese instante sintió algo muy poderoso recorrer todo su cuerpo, hicieron que sus manos brillen, en sus pensamiento logro ver a muchos hombres y a su padre, eran sus antepasados, -¡No te rindas!- decían, con lágrimas corrió hacia su grifo, y volaron de nuevo hacia casa.

La gran guerra se estaba acercando, los espadachines, arqueros y catapultas se alistaban, el hechicero creo con todo su poder, un gran domo invisible para protegerlos – este domo nos protegerá por unos minutos, el poder de la gema es inmenso.

El hechicero y los demás divisaron entre las montañas una oleada de orcos acercándose muy rápido- ¡estén listos!- grito el líder de los espadachines.

Lia regreso y descendió rápidamente con su grifo, le dij al hechicero que ya poseía la mitad de la gema, corrió hacia un banco de madera y dijo.

—estamos acá, esperando algo que no debía de suceder, pero en honor a Hertron lucharemos hasta el fin y acabaremos con ese

odio que nos acecha- dijo Lía.

Los orcos llegaron y chocaron con todo, era muchos, con valentía cada uno se disponía a derribarlos.

Lía busco con su mirada a Dartron, alrededor de ella se formó una barrera de arena, veía a sus aliados y a los orcos enfrentarse uno a otro y a sus espaldas se escuchaba el rechinar de una espada, rápidamente se dio la vuelta y frente a ella Dartron estaba, ella al igual saco su espada y empezó el duelo, las espadas chocaban, como aquella vez con Hertron.

—Tienes los mismos movimientos absurdos que tu Padre-dijo Dartron

—estas acabado Dartron-replico con furia, Lía

Lía estaba resistiendo, era cierto que las habilidades de Dartron eran superiores, pero de repente sus ojos divisaron la otra mitad en una de la manos de Dartron y con un movimiento brusco corto su mano y cayo al suelo junto con la gema. Dartron grito de dolor, y se arrodillo frente a Lia

Las mitades de la gema empezaron a flotar y fusionarse cayendo en las manos de Lía.

Los orcos estaban desorientados, y despavoridos corrieron hacia las montañas.

—¡Victoria!- grito Lía – todos se despojaban de sus armas y la seguían con gritos y aplausos.

—Esta es una lección queridos hermanos y hermanas, el odio solo nos lleva a cometer atrocidades, una nueva era de Paz nos espera-dijo Lia, los habitantes estaban felices

—Ahora Dartron, servirás a los entes, hasta el fin de tus días-decreto lia

Lo ataron a un grifo y gracias al hechicero lo mandaron hacia el Agujero negro de los entes.

Lía se dispuso a ayudar a los heridos de la batalla

15

LEJOS DE HAIFA

Marcos Hernán Castellano Martínez

La brisa que sopla desde el Paraná atenúa suavemente el calor que se derrama sobre Ciudad del Este.

El viento trae consigo un ligero aroma a jazmín.

Es verano y los días se alargan, casi que sobra tiempo para contemplar el atardecer con sus infinitos matices.

Veo las sonrisas de los jóvenes mientras caminan despreocupadamente por el lago, veo el brillo de inocencia en los ojos de los niños que juegan en las plazas de la ciudad.

Todos están tan tranquilos.

Sumidos en esta alegría estival es muy difícil concebir que existe otro mundo que sucumbe en las garras del monstruo de la violencia.

Este pensamiento me transporta muy lejos; al pasado, al otro lado del mar en mi querida Haifa, lugar que me vio nacer.

En 1947, yo era una niña de siete años y vivía con mi familia en la

ciudad portuaria de Haifa a orillas del inmenso mar Mediterráneo.

Disfrutaba del aire salado y estaba acostumbrada a los picaportes de las casas oxidados por el contacto con la humedad del mar.

La vida había sido generosa con nosotros, mis padres tenían una pequeña tienda en la ciudad donde vendían especias y dulces. Siempre creí que pasaría toda mi vida en esa ciudad.

Pero un día llegaron ellos, nunca los habíamos visto; pero decían que venían a reclamar las tierras que un dios que nosotros no conocíamos les había prometido hace miles de años atrás.

En ese momento, no entendía muy bien lo que estaba pasando, «¿Cómo que nuestra tierra les pertenecía a ellos? ¡Nosotros vivimos aquí desde hace generaciones!», recuerdo que pensé.

Pero siguieron llegando, destruyeron las cosechas y aterrorizaron a todos los de mi pueblo.

A partir de ahí los recuerdos se vuelven un poco difusos, es como tratar de ver a través de una tormenta de arena.

Solo recuerdo a mi padre llorando y a mi madre juntando nuestras pertenencias más importantes, no entendía por qué tan repentinamente teníamos que abandonar nuestra casa y no solo eso, sino todas nuestras cosas, «¿A dónde iríamos?» Me preguntaba.

Al salir, mi madre cerró la puerta con llave y la guardó en su bolsillo.

Recuerdo estar en un barco con muchas otras personas de mi ciudad, vecinos y conocidos, nos quedamos tanto tiempo en ese barco que llegué a creer que esa sería nuestra nueva casa. Yo jugaba con los otros niños en el barco, nos imaginábamos que había monstruos mitológicos en el océano y que peleábamos contra ellos, en muchas ocasiones también hablamos de cómo extrañábamos nuestros hogares, de ir a la escuela, especialmente de la comida porque en el barco comíamos solo lo que nos alcanzaba, lo que no era mucho.

Por fin llegamos a tierra firme otra vez. Era una ciudad muy grande

y hermosa, más tarde aprendí que se llamaba Buenos Aires.

Era muy diferente que mi antigua Haifa, las personas vestían diferente y hablaban un idioma que yo no podía comprender, sólo podía hablar con mi familia y con mis amigos del barco.

Sufrimos mucho al principio, nos mudamos muchas veces, algunas casas eran más bonitas que otras.

Vendíamos toda clase de cachivaches en las calles, luego mi padre empezó a trabajar de constructor y mi mamá en una panadería en la que enseñó a las otras personas a hacer los mismos dulces que vendíamos cuando aún vivíamos en Haifa.

Yo me quedaba con mi abuela que también había venido con nosotros.

Empecé la escuela y al comienzo fue terrible, no podía entender lo que decían las maestras ni lo que me preguntaban mis compañeros.

Luego me hice amiga de Marta, ella me ayudó a poder comunicarme con todos, me dijo que se sentía contenta de ser mi traductora.

Aprendí castellano, me gradué de la escuela, conocí al amor de mi vida y me casé, tuvimos dos hijos, mi abuela falleció, nunca dejó de hablar de Palestina nuestra tierra ancestral.

En los años 70, escuché de una ciudad en el Paraguay a la que muchos otros refugiados acudían; europeos, libaneses, sirios y hasta palestinos. Oí historias de que la ciudad gozaba de una gran prosperidad y quedé asombrada.

Una vez más dejé atrás lo que conocía para lanzarme en una audaz aventura, pero esta vez yo había elegido dejar mi hogar, al contrario de la primera vez.

Toda mi familia me acompañó, nos asentamos, conocimos a personas de muchos otros países, volvimos a hablar árabe, echamos raíces y acompañamos el crecimiento vertiginoso de la ciudad.

Un tiempo después, ya en su lecho de muerte mi madre me entregó

la llave de nuestra casa en Haifa y me susurró:

— Ni tu abuela ni yo tuvimos la bendición de volver a pisar nuestra tierra pero tal vez tú o tus hijos sí la tengan —los ojos se le llenaron de lágrimas y de hecho no recuerdo un día en que sus ojos no estuvieran cargados de anhelo y nostalgia desde que salimos de Palestina—. Nunca olvides hija mía: el último día de ocupación, será el primer día de paz.

Sus palabras se incrustaron en mi alma.

Cada tanto tiempo solía ver alguna referencia de mi país en las noticias de la tele o en la tapa de algún periódico: Destrucción, desplazamientos, genocidios perpetrados por el ente terrorista que hace más de siete décadas ocupa nuestras tierras.

Me lleno de tristeza, pero a la vez de solidaridad y orgullo por toda aquella gente que resiste y que no cede a los embates crueles de los que nos quieren ver vencidos.

Siempre elevo plegarias por mi pueblo y cada vez que puedo, levanto pancartas en las calles para avisar al mundo que los palestinos sufren.

Deposito mi fe en las nuevas generaciones que veo que no le temen a nada, que desean pan y paz para todas las personas del mundo.

Sentada aquí en el balcón de esta ciudad a la que puedo llamar mi segundo hogar, escucho el ajeteo de los autos, la gente yendo y viniendo.

La suave brisa ondea la bandera de mi tan amada y herida patria.

Sostengo con más fuerza la llave de mi casa en Haifa a la que incluso hoy tantos años después sabría cómo llegar.

La llama de mi esperanza no se apaga, sino que enciendo la antorcha de otros con la mía.

Tengo plena seguridad que algún día desde el río hasta el mar, Palestina será libre y dónde sea que yo me encuentre, me regocijaré.

16

LUCÍA Y LOS DESTELLOS DEL ALMA

Verónica Inés Giménez Fernández

La primera vez que Lucia vio el aura de una persona fue cuando tenía apenas cinco años, pensó que era un disfraz de un girasol, la niña de cabellos rizados y mejillas rosadas saltaba en los charcos de lluvia, reía y tarareaba una melodía. Tenía pequeños destellos alrededor suyo, eran del color amarillo. Los ojos grandes de Lucia le observaban con atención el color que desprendía de esa niña, nunca había visto que alguien tenga algo así.

—¿Quieres venir a jugar conmigo? La pequeña niña extendió su manito para que vaya hacia ella.

—No lo sé, mi madre no me deja ensuciar mis botas en la lluvia - Lucia respondió insegura y con timidez porque no solía hablar con los desconocidos.

—¡Lucia no seas así! Ven que la lluvia no te morderá – la niña de pelos rizados y mejillas rosadas dando pequeños saltos llevo a Lucia y le arrastro a la lluvia. Lucia no sabía que decir o preguntar, ¿Por qué ella conocía su nombre si nunca le había visto? ¿Por qué tenía ese color alrededor de ella? Pero de alguna forma ella se sentía tan segura con ella, se dijo a ella misma que solo estaría un

rato antes que llegue su madre.

Las dos pequeñas jugaron en la lluvia, se imaginaron que eran dos princesas y que debían escapar porque pronto llegaría un monstruo a llevarse a Lucia. Saltaban en los charcos mientras gritaban: ¡Ahí viene! ¡Ahí viene! ¡Debemos correr para salvar la princesa Lucia! La inocencia de los niños es tan hermosa, deja que cualquier persona con un aura buena sea buena compañía, Lucia y la pequeña niña se hicieron amigas rápidamente. Pero a veces lo bueno no siempre perdura.

—¿LUCIA QUE ES LO QUE ESTAS HACIENDO!? – El monstruo había llegado, con sus brazos largos agarro a lucia y le metió bajo el techo, sus ojos llenos de rabia miraban a su hija toda empapada, las botitas de lluvia estaban lleno de tierra mojada - ¿Acaso no te dije que no juegues en la lluvia? La madre le miraba con desprecio y odio a la pequeña niña, Lucia mirando en el suelo no decía ninguna palabra, no podría contradecirle a su madre, ella solo deseaba cuidarla.

—Lo siento – Respondió.

—Vámonos a casa, tu padre nos espera en el auto – la mujer agarro del codo a Lucia y sin previo aviso le arrastro hacia la salida de la escuela.

—¡Lucia! ¡No te vayas! ¡No le hagas caso a esa mujer! – la niña de cabello rizado le gritaba a lucia para que se quede un rato, pero Lucia no podía hacer nada, era su madre, debía obedecerla.

A lo largos de los años Lucia conocía personas nuevas, no podía entender porque veía esos colores alrededor de ellos, eran única las personalidades que desprendían y por cada color era tan atrayente querer estar con ellos. Entre todos los colores que conoció Lucia podía destacar algunos, como Steven, el chico pecoso y cabello caramelo, tenía un tatuaje de una tortuga en su brazo izquierdo y su mayor tesoro era su ukelele, tenía destellos color verde. El día que Lucia lo conoció fue en su patio, estaba sentado cantando una melodía suave, Lucia al verlo se sintió igual que con la niña de cabello rizado, transmitía esa paz que te hacia confiar enseguida,

Steven le ofreció su ukelele para cantar con él y contarle sobre sus viajes que hizo alrededor del mundo.

La siguiente era Elisabeth, tenía la gracia y la elegancia de un cisne, sus destellos eran de color rosa, era tan fácil distraerte mirándole porque andaba sonriente bailando por todos lados, llevando siempre sus lazos de colores. Lucia la encontró estando en hora de clase de matemáticas le vio bailando en el patio, se veía tan hermosa con su vestido y sus lazos de colores sobre su pelo, su piel de porcelana y su sonrisa plateada era tan perfecta que al estar en sol parecía una mariposa, hermosa, frágil y delicada.

Amelie, los destellos de ella eran de color blanco, era un ángel, la bondad de su corazón era tan grande que no cabía en su cuerpo. Era una mujer mayor, tenía su cabello como el algodón de azúcar era tan suave a la hora de acariciarlo y al mirarle sus ojos cafés te traían tanta paz. Lucia la encontró una tarde sentada en su cama, el sol se había escondido entre los edificios de la ciudad dejando una luna brillante en el cielo. La fuerte pelea hacía un rato entre la madre y la hija había cesado después de una buena golpiza, cada día aumentaba la tensión entre las dos, su madre le exigía en sus estudios y en que sea perfecta en todo, se volvía loca cuando le contaba que había visto colores en las personas.

—¿Por qué veo todo esto Amelie? – Lucia sentía que cada palabra que

desprendía su garganta le costaba un pedazo de su alma, estaba tan cansada de todo, no sabía cómo satisfacer a sus padres, pero, sobre todo no sabía cómo hacer feliz a su madre.

—Porque eres especial corazón - Ella le atrajo para abrazarle y peinarle el sedoso cabello tratándole de calmarle.

—Yo no quise ser especial, solo quiero escapar de todo esto, no quiero despertar y esconder que veo todos esos colores, ni yo lo entiendo porque los veo – Lucia se acuesta en el regazo de Amelie y llora desconsoladamente, no puede parar de tirar por sus lágrimas sus sentimientos, por un momento tiene la esperanza de dejar de sentir su corazón roto.

—Solo tienes que ser paciente querida, tal vez la vida te tiene algo preparado, solo espera un poco más – Amelie le hablaba bajito tratando de tranquilizarla, pero parecía que nada detendría el llanto - ¿Qué te parece si bailamos un rato? ¿No le dirás que no a estar tierna abuelita?

—Es tonto eso – Responde Lucía secándose las lágrimas.

—Después que te muestre estos pasos no te resistirás – le levanta a Lucía y empiezan a bailar, primero un intento de mover las caderas da saltitos y poco a poco logrando una conexión entre las dos, aunque no había música, sus almas bailaban al compás de alguna melodía que solo ellas dos conocían, las dos reían dando vueltas y saltando, por un momento Lucía sintió que no todo es malo, que tal vez ver los destellos de colores eran una bendición como dijo Amelie, y tal vez...

—Pero, ¿qué estás haciendo Lucía? – una voz interrumpió el baile. Era su madre, había subido para decirle que debían asistir a una cena de la empresa de su padre, pero al ver a su hija dando vueltas por la habitación y riéndose sola solo hizo que el enojo que sentía antes aumentará más.

—¿¡ACASO SOS UNA LOCA HABLÁNDOLE A LA NADA LUCÍA!? - su madre con tres pasos llegó a Lucía y le atajo por los brazos enterrándole sus uñas por su piel – Por el amor de Dios ¿Que estás haciendo? - su rostro era presa de la ira.

—Mami me estas lastimando - Un pequeño susurro salió de Lucía, estaba paralizada y asustada porque nunca había visto a su madre estar tan enojada consigo - ¡Mami suéltame! - Lucía volvió a hablar, pero esta vez un poco más fuerte.

—¿Mami? ¿Me acabas de llamar Mami? – escupió las palabras como si fuese veneno para su hija.

Fue lo último que escucho Lucía antes de recibir un golpe por su mejilla que le tumbo al suelo, ocurrió tan rápido que no le dio tiempo de apartarse, no podía defenderse sus golpes se sentían como plomos, su madre; en cambio fue cegada por el enojo y el desprecio que sentía por su hija. ¿Porque si le había dado todo?

¿Porque tenía que comportarse de esa manera? le maldecía de todas las formas posibles, culpándole por todos los males que estaban pasando en su vida.

Lucia recibía cada golpe de su madre como castigo por ser especial, sentía como la sangre le llegaba a sus ojos, pero no podía moverlos porque tenía hinchados los párpados, el cuerpo le pesaba, las piernas y los brazos no tenían fuerza para escapar de aquella tortura. ¿En serio merezco esto? – se decía Lucia - ¿Cuál fue el mal que hice en mi otra vida para merecer esto?

—Se fuerte pequeña, pronto podrás descansar – era Amelie, su dulce voz le dio luz en el alma adolorida de Lucia.

—¿Amelie? – Lucia con la poca fuerza que le quedaba le llamo. Silencio.

—Querida, abre los ojos, no hay peligro – Amelie sostenía la mano de Lucia, al abrirlo no podía creer lo que tenía enfrente, un campo verde lleno de flores, el sol radiante con un cielo esplendido, las dos estaban sentadas bajo un lapacho, Amelie tenía un abanico con una cinta de colores, en su regalo tenía mandarinas recién peladas, la frisa suave del verano movía los cabellos de Lucia, todo era tranquilo y seguro. No había dolor ni tristeza no debía esconderse más.

—¿Dónde estoy? – pregunta Lucia, atónica por el cambio de escenario que estaba viendo.

—En un lugar mejor querida.

—Un lugar mejor – Sonriendo Lucia cierra sus ojos saboreando la paz que traía ese lugar.

El ruido de los autos por querer llegar a su destino era persistente, las pintorescas hojas de primavera adornaban los árboles que estaba en ese lugar tan sombrío. Las lapidas silenciosas observaban a las dos personas sentadas en un pedazo de suelo, los ángeles curiosos por el relato escuchaban en silencio.

—¿Y luego que paso? – Isaac pregunta horrorizado por la historia, pero curioso por cómo termina.

—Mi madre mato a mi hermana con una lámpara que tenía en su mesita de luz, enrolló con el cable su cuello hasta asfixiarla, mi hermana intento luchar, pero con los golpes que le había dado mi madre no le permitía hacer mucho. Al llegar a la casa, mi padre me conto que le encontró a su esposa llorando escandalosamente, pero en ningún momento dejo de ahogar a mi hermana. Todo a partir de ahí fue rápido, la policía y los vecinos llegaron a la casa, era como un nido de avispa. Mi madre fue a juicio pronto, mi padre le pidió el divorcio ese mismo día. Hoy en día mi familia es el recuerdo de mi hermana, a su honor me tatué cada persona que le contaba a mi madre, intente imaginarme los destellos que me hablo una vez, a veces, cuando estoy sola en la noche, me pregunto que si hubiera prestado más atención a ese llamado de auxilio que me pedía en silencio mi hermana, mucha cosa hubiera salido diferente para ella. Mi querida Lucia, ella tenía todos los colores del arcoiris, solo espero que este donde este lo pueda ver.

Fin.

17

PRETO

Mathias Ezequiel Paredes Studenko

Preto

—¿No crees que es un grandioso día Preto?

—¡¡Waf waf!!

—Si... yo también lo creo Preto, después de que toda la semana llovió, creo que por fin podremos salir, hay que despejarse un poco después de una semana de trabajo, después de todo... para que es la vida si no podemos darnos nuestro propio tiempo.

Luego de preparar el tradicional tereré, me dispuse a llamar a un amigo, no había compartido con nadie que no sea mi entorno personal en casi dos semanas, fueron tiempos difíciles, aunque siempre lo son el trabajo, la familia, el estudio, entrenar, reunir todo esto y tratar de sobrellevarlo día a día... uff... necesitaba una larga conversación urgente.

Para mi suerte uno de mis amigos contestó la llamada, un poco después llega Néstor, lo invité a pasar y le ofrecí una silla para sentarse y conversar:

—Dime Ezequiel... ¿Qué cuentas después de tanto tiempo?

Luego de un momento de pensar en algo interesante se me ocurrió una historia para pasar el rato.

—Te cuento algo que me pasó en la pandemia, el año pasado, algo que hasta ahora no me arrepiento.

—Mmm... que habrás hecho vos.

—Jajaja descuida que no es nada malo... creo.

—De acuerdo, te escucho.

Era el domingo más soleado de abril, el primero del mes si no me equivoco, pasó poco de un mes que se declaró cuarentena total y... ¡Ya me estaba volviendo loco!... necesita salir un rato en bicicleta, aunque sea una hora. Luego de prepararme y ver como estaba la bici decidí romper las reglas por una hora y salir a rodar, llevé un poco de agua, dos barritas de maní y...

El día era estupendo... no había un solo automóvil que molestará en mi camino, una tarde soleada de clima, tenía un abrigo por si acaso claro.

Como a mi me gusta sacar fotos a todo lo que veo y parezca interesante, tenía mi celular a mano... cuidando que no se me cayera, pero mi principal preocupación seguía siendo que alguien me viera, sin embargo, todo estaba vacío y eso me tranquilizaba, salvo por... una cosa.

Estaba escuchando música, me gusta hacerlo mientras pedaleaba, pero en cada tonada de La cabalgata de las Valkirias me parecía escuchar un ¡Waf waf! Cada vez más fuerte y repetitivo. Al girar la vista me encuentro con dos perros siguiéndome a toda velocidad, uno grande y el otro medianamente grande... jeje... linda sorpresa por violar la cuarentena.

Pero había uno en especial que me seguía muy de cerca, tenía pelaje negro y patitas marrones, parecía perseguirme alegremente sacando su lengua fuera, pero el otro tenía un aspecto mucho más agresivo, por lo que decidí pedalear lo más rápido que pude para

tratar de despistarlos... pero aun así ellos seguían detrás.

Por más que se intente, es difícil despistar a un perro, menos evitar que me mordieran por sorpresa, como la bicicleta era la única arma comencé a hacer zig zags para no ponerles fácil, el cable de mis auriculares me molestaba moviéndose de un lado para el otro.

Tan torpe fui que, al intentar “esprintar” para dejarlos lejos, no vi un pequeño bache delante... y al agarrarlo con la rueda delantera de la bicicleta perdí el control y fui a parar por la vereda, quedando en el piso un rato tratando de identificar algún dolor por alguna posible fractura... pero no... me sentía bien salvo algunos raspones.

Tratando de recuperarme un poco y fijarme en la bici... no vi ningún daño grave a simple vista, hasta me sorprendí de que no le haya pasado nada a la bicicleta ni a mí tampoco.

Mi preocupación pasó a ser otra cuando vi del otro lado de la vereda a los dos perros, mirándome fijamente, como esperando a que hiciera algo, creí que en cualquier momento vendrían a mordirme, asique permanecí alerta por si uno de los dos daba zancadas hacia mí.

Cuando traté de incorporarme, el perro más grande viene despacio hacia mí trayendo una barra de maní que estaba a unos cuantos metros de la caída, me mira muy feliz moviendo la cola y sonríe con su baba, claro que llenó de baba la barrita, me pareció tan “tranquilo” que di la mitad del maní... para después salir contento quizás en busca de otra presa. Sin embargo, el otro perro más pequeño no se movía, permanecía sentado en la vereda.

Tomé mis cosas desaparramadas por el suelo, alcé la bici para mirarla mejor y nada, todo estaba en orden, me tranquilicé y permanecí sentado en un banco que estaba cerca y lo llamé, despacio fue acercándose con la cabeza gacha... parecía un poco apenado, le acaricé un poco la cabeza y le dije:

—No te preocupes, fui yo quien corrí, tú sólo querías jugar.

—¡Waf waf!

—Toma la otra mitad del maní... seguro te cansaste luego de esa persecución.

El perro era más amigable de lo que pensé, no sabía si tenía dueño o no puesto que no llevaba collar, pero era tan bueno que movía la cola de un lado a otro.

Como ya se estaba haciendo tarde y sabía que la policía pronto saldría a patrullar por esta zona, me dispuse a despedirme de mi amigo y regresar a casa, pero él se quedaba sentado en el pasto como esperando a que pueda irme sano y salvo.

—Tranquilo amigo, saldré discretamente a pedalear cuando pueda y seguro serás el primero que se de cuenta, volveré pronto y te daré más maní.

—¡Waf waf!

Y así fue... los controles comenzaron a ser menos rigurosos y se permitió realizar actividades físicas individuales como el ciclismo. Volví a pedalear y encontrar a mi amigo perruno por el mismo camino, persiguiéndome un buen tramo, otros deportistas hasta pensaron que era mi perro, yo sólo pensaba que, si tenía una bicicleta más, tranquilamente podría ser el primer ciclista en cuatro patas de la historia. En mis descansos le invitaba un poco de maní.

—Oye, pero... ¿El otro perro? ¿No lo volviste a ver?

—Iba a decírtelo, pero siempre apurado vos, el otro perro más grande al parecer encontró un dueño, o más bien alguien lo encontró a él, porque tiempo después lo estaba paseando un señor por la costanera.

—¿Cómo sabes que era él?

—Cuando pasaba cerca ladraba cariñosamente y movía una de sus patitas como para saludarme.

—Ah entiendo... al menos uno de ellos encontró un hogar.

—Era cuestión de tiempo, los perros son los animales más fieles, especialmente si los adoptas de la calle, llegan a tener una

conexión contigo que, además de ser el guardián del hogar, se convierten en un amigo que nunca te abandona.

—Pienso lo mismo... suelo pasar por la costa y no veo perritos, y si los veo una o dos semanas por ahí sin collar, desaparecen.

—Lo más probable es que los adopten, normalmente buscan comida, no quieren morder, si te persiguen es porque les llama la atención el individuo sobre la bicicleta, ya tengo experiencia en el asunto...

—Aún así no encuentro a un perrito negro, así como lo describes... espero que haya encontrado un buen hogar, y si lo llego a ver solitario por la costanera me lo traigo a casa.

—Creo que alguien se adelantó a ti Néstor... jaja.

Preto, quien estaba en alguna parte de la casa correteando, llega con una barrita de maní partida a la mitad.

—Preto no te apresures, ya saldremos a pedalear y tendrás tu maní.

—¡Waf!

—Ya saldremos, espera que hable un rato más con Néstor y nos vamos.

—¡Waf waf!

Como captando lo que le dije, Preto fue al interior de la casa como para “prepararse” y salir a rodar. Néstor, quien comenzó a hilar los hechos, me dijo:

—¿No es Preto el otro perro que me cuentas en la historia?

—Me alegra que lo hayas notado, estaba por confirmarte el hecho.

—Entonces si se cumple lo que dije, el perro encontró un buen hogar.

—Sólo espero poder cuidarlo bien, por algo me lo encontré aquella tarde, tengo una foto de ese día que quisiera encuadrar, te la muestro.

—Muéstrame después, tenía pensado invitarte a pedalear después de la charla, pero parece que ya tienes compañía

—No te preocupes, estoy seguro que Preto no tendrá problema que nos acompañes... ¿Verdad amigo?

—¡Waf!

—Genial, entonces daremos un paseo, conozco un buen camino de tierra para esta tarde.

Y esta es la historia que le conté a Néstor aquella tarde, él encontró a su Preto tiempo después, en el mismo camino que recorrimos ese día, sólo que iba sólo, con un neumático pinchado y varado en el medio de la nada, de no ser por el perrito que lo acompañó durante los 15 minutos que le tomó arreglar el pinchazo probablemente se hubiera vuelto loco. Volvió a casa, lo siguió hasta allí, sólo que esa vez el perro no se quiso ir más, por lo visto era de calle y quería un hogar, lo cual Néstor aceptó sin problemas.

Ah... los perros... criaturas que a veces nos cuesta entender pero que, si les agarras cariño, no se nos desprenden así nomás, esa es la lealtad que ofrecen. Así fue como una tarde encontré a mi buen amigo, un día "normal" a pesar de las circunstancias.

Ahora es mi compañero de cada paseo, el mejor amigo del hombre, Preto.

18

SI SOBRARA CORDURA

Daysi Patricia Leiva Portillo

Día 1.

El mundo ha cambiado mucho desde entonces, la humanidad ha quedado desgarrada y vacía, habían dejado algún tipo de ilusión atrás, alguna forma de mentirse que hacía soportable la existencia, la humanidad derrumbó esos muros, quedaron solo los recuerdos involuntarios de alegría, que ya no decían nada, que fueron despojados de significado de tanto ser usados.

Por fortuna y por desgracia las sociedades olvidaban demasiado rápido las enseñanzas de las guerras y la autodestrucción era vista ahora como inevitable.

Domingo.

Jules, mi querida Jules, perdió a todos los que conoció, familia, animales, amigos y amores; y sin embargo, los días seguían pasando, al universo parecía no importarle lo quebrada que se encontraba. Había entendido que después de los finales felices los días seguían, después de los días malos, venían otros peores, hasta que eventualmente los días dejaban de existir en su mente.

Día 1826.

Cada tarde Jules miraba su imagen, conversaba con esa imagen y se autoexigía verla. Su imagen le decía que el mundo acabó, que algo en esa idea la hacía feliz, que no hay leyes si está sola, pero que aún así sobra moral.

Jules no podía matar a nadie más salvo a sí misma, y aún así matar le parecía incorrecto. No podía matar a toda la humanidad, vivir era la única forma de salvarla.

Jules miraba su imagen, realizaba gestos y movimientos con el rostro, a veces sonreía. Le dolía pensar que nunca más vería una sonrisa que no fuera la suya.

Día 1827.

Por las noches, Jules hablaba con las voces de su cabeza, las voces le decían que estaba viva, y que estaría viva por el resto de su vida.

Día 1828.

Jules soportaba todas las mañanas, todas las mañanas le decían a Jules que sus emociones no importaban, nunca nadie se sentiría así de nuevo, nadie llegaría a entenderla jamás. No era ya necesario, pensar, sentir, oler o respirar. Las mañanas le decían a Jules que jamás fue necesario.

Día 1831.

Jules se sentó en la puerta de su casa, cansada, paciente y también dispuesta a no ver las mañanas nunca más, ni sus calles vacías, ni la belleza que era bella sin sus ojos, pero que dejarían de existir cuando las dimensiones de toda ella colapsaran en materia inerte, estaba dispuesta a no enfrentar las cosas bellas nunca más, dejar a Beethoven en la caja y condenar a todas las culturas que tuvieron lugar a su desconocimiento...

Jules toma el arma y la sobra de esperanza.

La esperanza le dice a Jules que podría encontrar a alguien allá afuera, alguien capaz de hacer una mueca sonriente.

El arma le dice a Jules que no sobraría cordura.

Jules se queda con el arma y dispara.

Escucho el disparo desde la habitación y a las voces.

Domingo.

Las voces dicen que me abstenga de llorar. Las imágenes no lloran.

Día 1.

19

TODOS POR AMOR

Cecilia Marisol Lopez Gamarra

Nunca creí en las historias sobre el amor a primera vista. Hasta que me pasó a mí. Cuando ví a Miguel, sentí todos los clichés existentes; el tiempo se detuvo, los latidos de mi corazón se volvieron erráticos, y me sudaron las manos.

Se acercó a mí. Preguntó mi nombre y se presentó, luego pidió mi número de teléfono. Que felizmente le dí.

Pasaron los días y no llamaba, ni siquiera un mensaje en WhatsApp. No lo entendía. Estaba segura de que él también sintió una conexión entre nosotros. Tuve que hacer algo al respecto. Si él no venía a mí, yo iría a él. Al fin y al cabo Internet es un arma de doble filo. Encontré su página de Facebook fácilmente, no fue difícil encontrarnos de nuevo..

Él se mostró sorprendido y algo avergonzado cuando nos encontramos "casualmente" en una cafetería en el centro. Hablamos y coqueteamos. Esa misma noche me llamó y me pidió una cita. Fue un caballero...

Después de varias salidas, empezamos oficialmente a ser pareja. Pero como toda relación hubo problemas: a sus padres no les gustaba. Eran idiotas egocéntricos que solo presionaban y

atormentaban a Miguel.

Obtuvieron lo que merecían cuando corte los frenos de su auto cuando se dirigían a una escapada “romántica”. No quise hacerlo, pero debía hacerse.

Miguel estabas destrozado, a pesar de ser pésimos padres (según mi opinión) el los amaba. Cómo buena novia estuve ahí para el; lo cuide y me encargue de su comodidad. Después de un duro año, comenzó a superarlo, me pidió que me mudará con el y acepté obviamente.

Fue muy divertido, teníamos tantas cosas en común que la convivencia no fue extraña. Una noche al fin dijo que me amaba, fue la mejor noche de mi vida. Todo era perfecto. Hasta que sus amigos intentaron separarnos. Esos malditos ¿No veían que el estaba muy feliz conmigo?. Yo era lo único que necesitaba.

Pablo fue el primero en irse. Dijo que era muy controladora y tóxica. Fuí a su casa mientras estaba en el trabajo y cambie su medicamento para la epilepsia con analgésicos. Después de tres días nos enteramos que tubo un fuerte ataque en la ducha y se ahogó con su lengua.

Horrible. Lo sé, pero debía hacerse.

Francisco me llamo loca psicópata y fue difícil de tratar. Era como si supiera que iba tras el. Fui a su casa en medio de la noche. Cuando abrí la puerta se mostró cauteloso, sin perder el tiempo salte sobre el y le clave el cuchillo que traía escondido. Fue como si una furia ciega me dominará. Lo apuñale sin parar hasta que sus viseras mancharon mi ropa y cabello. Me limpie lo mejor que pude y volví a casa con mi amor.

Jeremy, fue vergonzoso lo fácil que fue. Lo encontré en un bar borracho. Un pequeño coqueteó inofensivo, y luego lo invite al baño y bueno...ya tenía experiencia con el cuchillo.

Al fin nadie podía separarnos.

Canté victoria demasiado rápido. El comenzó a volver se problemático. Ya no quería pasar tiempo con migo. Después de

enterarse de la muerte de sus amigos. Solía pasar mucho tiempo fuera y ya no me prestaba atención.

Tenía que solucionarlo.

Solía montar su moto todo el tiempo¿ No sabía lo peligroso que era?, Se lo advertí muchas veces. Solo un ajuste en el manubrio, nada serio. Se rompió la pierna. No era lo que quería, pero sirvió para quedarse más tiempo en casa a mi lado.

Al pasar los años surgieron más problemas. Quería tiempo o eso dijo. Para saber lo que quería en su futuro.

Fue desafortunado que alguien derramará ácido en sus ojos. Sus hermosos ojos...

Lo acompañe todo el proceso de recuperación, lastimosamente jamás volverá a ver. Después de saber esa devastadora noticia se aferró a mí con todo su ser. Incluso me pidió matrimonio.

Hoy en día aún somos muy felices. Si aparecen más problemas. Los solucionare.

Fin

(Basado en hechos reales, quizás...)

20

UN LUGAR LLAMADO AUSCHWITZ

Karen Casco Benitez

El viento soplaba en las frías calles de Varsovia. Un chirrido se escucha; olía a humo, a dolor, a desesperanza.

03 de mayo de 1943

Los alemanes concentran sus defensas alrededor de Túnez capital.

Sobre una vieja caja de madera Abraham permanecía quieto, con sus rodillas entumecidas por la incómoda posición de sus extremidades. No podía quitar sus ojos de aquel título, el título de todos los días. La nieve caía tan blanca que las sucias calles de Varsovia no merecían tal espectáculo.

Abraham suspiro y un hilillo de vapor se expandió en el aire. Movi6 sus zapatos viejos que había sido un regalo de su difunta esposa, allá por 1928 cuando recién contraían nupcias.

Se levanta despacio y acomoda la culata de su pistola en el dobladillo de sus pantalones viejos. La bufanda negra que hasta ahora cubría su cuello se la alzo hasta el puente de su nariz tapando gran parte de su rostro escabroso, sus pasos se mezclaron con el sonido de la nada; el silencio más claro de que la guerra la estaban

ganando sus verdugos.

Abrió la puerta despacio, pero aun así este chirrió con un sonido agudo. Hana se levanta de un salto, sus ojos azules brillaron al verlo llegar. Su pequeña hija abrió sus brazos que apenas si tenían la necesaria carne para sobrevivir.

Hana estaba muy delgada, tenía apenas ocho años, el cabello marrón casi rubio, los ojos pequeños pero con tanta inocencia en sus iris. Permanecía la mayor parte del día encerrada en una cabaña a las afueras de Varsovia que era demasiado fría, demasiado pequeña y empezaba a caerse sobre si misma.

—¡Papi! ¡Papi! Llegaste- me observó- ¿Qué me trajiste?- pregunto con una evidente emoción en su voz.

Abraham apretó sus dientes de impotencia, ¿Qué le había traído? ¿Un pedazo de queso y jamón? Era el cumpleaños de su pequeña y él no tenía nada más. A veces pensaba si valía la pena luchar; dejar a su hija a merced de doña Clara, una judía al igual que él, que tenía dos bocas que alimentar y le hacía el favor de ver a su hija de vez en cuando mientras él luchaba por libertad. Hana y él no habían comido hace dos días, ya no quedaba ni una migaja de pan.

—Mira- de su bolsillo extrajo un raído trapo que había tenido tiempos mejores, lo destapo y con una sonrisa casi apenada le mostró el queso y jamón. Era todo lo que había podido conseguir.- No es mucho, pero...

—¡¡Gracias papá!!- Hana se lanza a sus brazos y empieza a darle pequeños besitos por el rostro.

Abraham sonrió. Su pequeña era feliz con tan poco, se parecía tanto a su madre.

Recordarla dolía, si, pero a pesar de ello Abraham sabía que Hana era todo lo que había quedado de su amor.

Esa noche padre e hija se acomodaron en la cama, se taparon con viejos harapos y trataron de que sus cuerpos entraran en calor. Aquello resultaba difícil, en Varsovia hacia demasiado frío, uno sentía que incluso el rostro se congelaba.

-Come- Hana le señalo un pedazo de queso, pero él negó con un gesto de cabeza.- Sé que no has comido papá, por favor acéptalo.

Abraham estiró las comisuras de sus labios, en un gesto casi imperceptible. Esa sonrisa le llegó a los ojos.

—A veces pienso en mamá- confeso su hija, mientras Abraham masticaba los últimos vestigios de queso- mientras estoy aquí, trato de imaginarla, pero solo obtengo imágenes borrosas. Quisiera poder recordarla- los ojitos de Hana se empañaron.

Abraham rodeo su cuerpo y la abrazo.

—Shhh-la consoló su padre- ¿recuerdas el poema que hicimos para mamá?-Hana asintió aún con sus esferas azules cristalinas por el llanto- Cuanto te sientas sola, cuando quieras recordarla solo tienes que decirlo, ella siempre estará contigo- Abraham señalo su corazón.

Horas después, en la madrugada, el cielo había decidido que ese día vestiría de blanco. La nieve caía impoluta sobre las calles de Varsovia. El aire estaba gélido, la tierra dura como una roca y el canto de las aves apenas era un susurro temeroso.

Hana escuchó, pero su cuerpo no se movió. De pronto la puerta chirrió, el aire se coló entre las sábanas, la nieve cayó en el suelo de madera y un grito se oyó a los lejos.

Hana se acurruca y casi imperceptiblemente se abraza a si misma en la bruma del que creía era nada más que una pesadilla, pero los múltiples disparos terminaron de despertarla. Allí se dio cuenta de que nada era un sueño.

Sus pasos eran leves, casi temerosos. La puerta estaba entreabierta y a la vez que su pequeños pies se acercaban, su corazón latía desbocado. Algo dentro de ella le decía que ahí afuera solo había dolor.

Lo primero que sus ojos zafiros observaron fue rojo, ese intenso carmesí que se formaba alrededor del cuerpo inerte de su padre. En la nieve; la nieve estaba roja.

Todo ocurrió tan rápido que al momento en que sus rodillas tocaron la nieve y sus dedos se enroscaron en los de Abraham, Hana pronuncio con ojos cristalinos:

—Papi, ¿Por qué no despiertas? La nieve esta roja, igual que en el poema de mamá- aquellos hombres que estaban alrededor gritaban demasiado, se veían serios y a Hana le daba miedo, pero le preocupaba más que los dedos de su padre se veían pálidos y se sentían helados.

De un momento a otro uno de ellos la aparto del cuerpo de Abraham. Ellos gritaban, Hana gritaba, pero aun así aquello no impidió que la subieran a la camioneta y se la llevarán lejos de ahí.

A la mañana siguiente Hana vestía de negro, era un vestido viejo que al menos contaba con un abrigo. Ángela se la había prestado.

—Hola papi— susurro con voz queda mirando hacia la tumba de su padre, no tenia una lápida, pero al menos lo habían enterrado y todo gracias a que Abraham conocía, al menos, a unos amigos que podían permitirse ese capricho. -Te traje una flor- Hana se arrodilla y mientras depositaba la única flor con pétalos casi muertos que había podido encontrar, le susurro el poema de su madre:

En el frio invierno, sé que el viento sopla como un murmullo, las hojas caen sobre la nieve y sol se esconde en el horizonte.

Nieve pura, nieve escarlata.

No puedo detenerlo. Sin embargo oigo campanas y a veces ángeles que cantan.

Mi señor está sentado en su trono, me observa y tu también lo haces.

Sé que ahí no hay inviernos, ni nieve escarlata.

Puedo verte, puedo sentirte.

En el frio invierno he cerrado mis ojos, te vi; en el cielo azul rodeada de mil rosas rojas, en el paraíso que nuestro señor nos prometió.

¿Que puedo prometerte yo?

No tengo nada.

Y aun así, prometo que mi corazón siempre será tuyo.

—Ahora también es tuyo- la niña se incorpora- la madre Ángela dice que no pude quedarse conmigo- Hana le dedico una mirada de soslayo; Ángela era una monja que usaba un vestido negro largo, tenía un velo que cubría todo su cabello, siempre con una cruz entre sus dedos, su rostro ya mostraba las arrugas que había ocasionado el tiempo. Le había dado comida y ella se lo agradecía con todo el alma- Yo lo entiendo, en verdad lo hago. Dice que tengo que ir a otro lugar; un lugar llamado Auschwitz- Hana suspiro e hizo una pausa- no te preocupes papá, quizá allí no sea tan malo, tal vez tenga la oportunidad de comer todos los días y ya no tendrás que preocuparte por mí, estaré bien. En verdad lo estaré. Te quiero papá y sé que siempre estarás aquí- su pequeña mano se posa en su corazón- conmigo.

—¡Niña debemos irnos!- le grito la monja.

Hana le dedico una última mirada a la tierra que estaba removida porque su padre ahora yacía ahí, sonrió con tristeza y tomo la mano de la monja.



Kreusser e/ Independencia y Honorio González
+595 71205454 - recepcion@unae.edu.py
Encarnación - Paraguay



ANTOLOGÍA
**JÓVENES
QUE CUENTAN VI
LEER SANA**



Primera Edición de Jóvenes que Cuentan - 2016



Segunda Edición de Jóvenes que Cuentan - 2017



Tercera Edición de Jóvenes que Cuentan - 2018



Cuarta Edición de Jóvenes que Cuentan - 2019



Quinta Edición de Jóvenes que Cuentan - 2020

Celebro la publicación de esta antología, celebro los nuevos autores, jóvenes escritores en quienes creemos, por quienes trabajamos.

20 cuentos de 20 creativos. Sean las hojas de este libro las alas necesarias para que emprendan vuelo, sigan cultivándose, creciendo, escribiendo. La voluntad también es un talento.

Dra. Nadia Czeraniuk

Rectora

Universidad Autónoma de Encarnación

Coordinadora del Concurso Jóvenes que Cuentan



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE
ENCARNACIÓN



ISBN: 978-99925-265-1-4

9 789992 1526514

